

Biblioteca-Films

ROSITA

Núm. 1

UNA
PESETA



MARY

PICKFORD

BIBLIOTECA FILMS
PUBLICACIÓN DECENAL

ROSITA

LA CANTANTE CALLEJERA

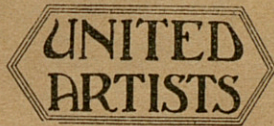
Última superproducción de la

"MUÑECA DEL MUNDO"

MARY PICKFORD

Mary
Pickford

Douglas
Fairbanks

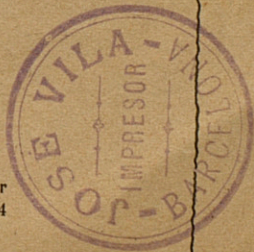


Charlie
Chaplin

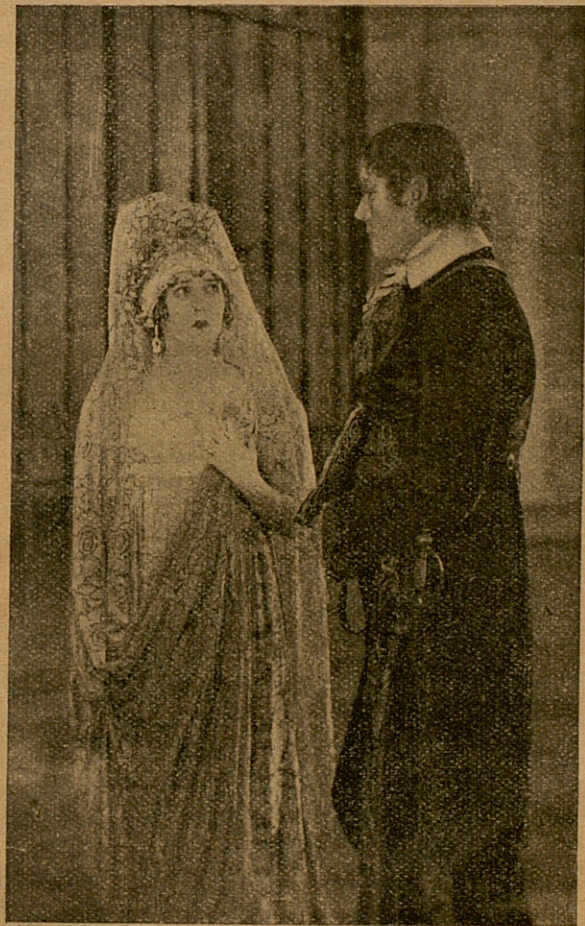
D. W.
Griffith

□□

José Vila, Impresor
Consejo Ciento, 414
1924



Prohibida
la reproducción



ROSITA

LA CANTANTE CALLEJERA

Argumento de dicha película

Según la novela de *Norbert Falk* y *Hans Kraely*, adaptada
a la pantalla por *Edward Knobloch*

CONCESIONARIO: **UNITED ARTISTS**

Plúgole a Dios unir en tu belleza
de la *rosa* encarnada la hermosura
y de la *rosa* blanca la pureza:
¡El haga que no empañe tu ventura
de la *rosa* amarilla la tristeza!

M. RAMOS CARRIÓN.

PROLOGO

La imperial ciudad de Toledo con sus cien torres está situada sobre escarpado y elevado cerro circundado en forma de herradura por las aguas del caudaloso Tajo que vivifican la verde y frondosa vega. Agrúpanse sus edificios en gracioso anfiteatro, descollando la soberbia mole del Alcázar, construido por el emperador Carlos I, y residencia de los reyes hasta el año 1560.

El río, después de regar las huertas y jardines, se replega, y su cauce hace profundo, estrecho al desl zarse bajo el histórico y famoso puente de Alcántara; sus aguas la-

men las rocas que sirven de base al castillo de San Servando y a los restos del acueducto romano Juanelo, y bullen evocando con monótono murmullo, la multitud de añejos recuerdos que vivieron cercanos a su cauce y lesando los seculares sillares, base de monumentos, muchos de ellos hoy ruinosos, testigos de las gestas de edades venerandas.

Estos monumentos y las plazas y calles aledañas fueron el marco de los hechos que relatamos en esta novela y cuya protagonista es "Rosita, la cantante callejera". Episodios de suyo interesantísimos; pero mal perguñados por lo que tienen de nuestro, como verá el lector.

I

Era un rey... así, como en los cuentos de hadas, era un rey poderoso cuyo nombre no hace al caso, vivía rodeado de su corte que le adulaba y aunque cerca de su pueblo estaba tan lejos de él por el desconocimiento de lo que pasaba en su reino, que bien podemos decir que le era extraño en absoluto. Los magnates mangoneadores de los asuntos del reino tenían interés en tener alejado del pueblo al monarca cuyo contacto evitaban con fines de medro personal y sobre todo para que su influencia de ellos no decayese entre las gentes.

Como las ocupaciones del monarca eran menguadas y sus ocios sobrados, dábase a toda clase de placeres: habíase rodeado de mujeres hermosas, lozanas de juventud que le impedían atender a los negocios del reino y le hacían juguete de sus femeninos caprichos.

La reina, mujer de virtud rara y gran prudencia, estaba al corriente de los devaneos de su esposo; pero por evitar males mayores y sobre todo el escándalo consiguiente, disimulaba las más de las veces cuando llegaba a su conocimiento la ligereza de su

esposo; evitando con una vigilancia discreta y con la exteriorización de su cariño los excesos de su esposo.

En un gran salón de palacio hállase el frívolo monarca sentado con cuatro alegres damitas que se despepitan por obtener los favores del magnate; juegan a "la mano alzada" cuando se presenta su primer ministro con documentos a la firma. El rey, después de despedir a las damas con muestras de exagerado cariño, rogándolas le esperasen en el jardín, siéntase para cumplir uno de los mayores atributos de la realeza.

—Majestad — dicele el primer ministro, poniéndole delante un pergamino—, las sentencias de muerte.

Y el rey, sin inmutarse lo más mínimo, con mano segura, refrenda con su firma la sentencia de la justicia humana que condena a la horca a pobres desventurados.

¡Triste condición humana que Dios permita estén los destinos de este mundo pendientes de la voluntad de hombres sujetos a las miserias terrenales!...

Mientras el Rey está firmando los decretos pasa por la ventana un aro disparado con toda intención por una de las damas sus amigas, y queda colocado en el cuello del monarca. El rey se asoma indignado; mas apaciguase su cólera al conocer a la autora de tal hecho que él agradece con una sonrisa.

La reina vigila cautelosa todas las acciones de su esposo y procura remediar, en par-

te, sus ligerezas. Por eso los clérigos y en particular el cardenal de Toledo acuden a la augusta señora para remediar los males sociales y poner coto al libertinaje del pueblo: que siempre el mal ejemplo de los príncipes se ha reflejado en las costumbres de los gobernados. Por eso el cardenal arzobispo de Toledo se presenta a la reina pidiendo su venia para ser recibido en audiencia.

—Señora, vengo a implorar la ayuda de Vuestra Majestad, para convencer al rey de que es preciso vaya a Toledo con el fin de refrenar el libertinaje a que se entrega el pueblo con motivo del Carnaval.

La reina no sólo atiende al Cardenal, y desea aconsejar a su esposo para que complazca al príncipe de la Iglesia, sino que en el acto se levanta y contesta al egregio purpurado:

—Eminencia, yo misma os quiero acompañar en el acto a presencia de mi esposo, y ambos le convenceremos.

Vánse al jardín donde debe estar el soberano, y en efecto, vénlo balanceándose en compañía de las hermosas damitas que le sorben el seso.

Al divisar de lejos al desaprensivo monarca, yendo por los aires al impulso de dos damas que le hacían contrapeso en el balanceo, quedase el cardenal estupefacto y no puede menos de indicar a la reina:

—¡Cómo podrá exigir que sus súbditos rindan culto a las sanas costumbres?

Al notar el rey que su esposa y el carde-

nal eran testigos de sus ligerezas, saltó prestamente del balancín dejando que las damiselas den al suelo con sus huesos.

—Quisiera — le dijo la reina—, que escuchárais y atendierais a Su Eminencia en un asunto de la más alta importancia que desea exponeros.

—Eminencia, vos diréis, os oigo complaciente — contestó el rey.

A lo que el Cardenal replicó:

—Señor, las fiestas del Carnaval comienzan en Toledo dando lugar a las más escandalosas licencias.

—¿En pleno día? — preguntó el monarca.

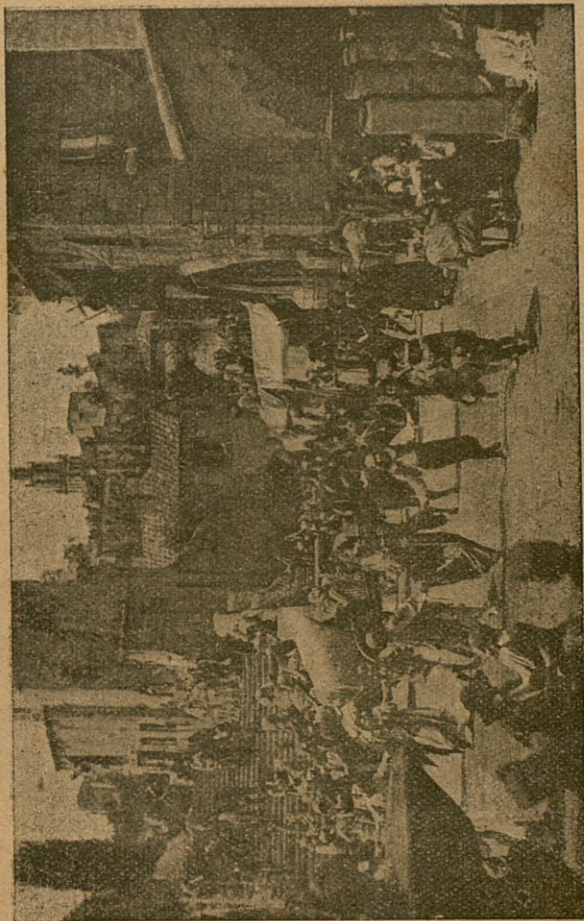
—En pleno día, el pueblo en delirio no conoce la moderación. Sería menester derribar el demonio de la corrupción que campea por sus respetos en plena ciudad.

—Yo iré a Toledo — contestó el rey con una sonrisa burlona, para conocer ese demonio de que me hablais, y derribarlo por mí mismo.

A lo que añadió la reina con sorna:

—Estoy segura de que el demonio encontrará su mejor maestro en Vuestra Majestad.

Una risa volteriana acogió estas palabras de la reina. El rey despidió al cardenal prometiéndole ir a Toledo durante los Carnavales y enterarse por sí propio de los excesos que se cometen. Mas no era su intención reprimir los excesos, antes bien, su pensamiento era muy distinto como lo manifestó a su primer ministro que debía acompañarle.



Toledo está de fiesta

Toledo está de fiesta. Una turba abigarrada transita por las principales calles de la ex imperial ciudad con los más extraños y llamativos disfraces. Las estrechas y tortuosas callejas hállanse adornadas con festones de verde follaje y con guirnaldas y gallardetes de los más vistosos colores.

Los transeúntes se estrujan, y en apretado remolino humano transitan gritando desaforadamente y cantando con loco frenesí; carros alegóricos adornados con follaje, repletos de máscaras que arrojan flores, recorren la ciudad desde la Puerta de la Visagra hasta la Plaza del Alcázar; caballos enjaezados a estilo charro van cabalgados con donosura por caballeros disfrazados de soldados de la época de la reconquista y por Amazonas de vistosos trajes; abigarradas charangas formadas por instrumentos más abigarrados aún, alegran los ámbitos de la ciudad con sus estridencias no siempre sonoras, y en las callejas menos céntricas, parejas que, huyendo de los lugares más transitados, prométense amores, prodíganse caricias, y platican amorosamente creyendo poner a salvo la honra tras el antifaz

que cubre su rostro; todo es alegría; perfumes de rojos claveles, labios que sellan promesas, palabras que juran querer, risas lozanas, canciones que vibran en todos los ámbitos de la imperial ciudad: es el Carnaval.

Una turba que desde la Plaza de la Cruz subía por la calle de la Ribera vuelve sus miradas hacia la plaza al oír gritar a un grupo de muchachos:

—¡Rosita!... ¡Rosita!...

Al evocar este nombre, como impulsados por mágico resorte, todos bajan a la Plaza de la Cruz por donde, efectivamente, pasaba en aquel instante la simpática muchacha que todos conocían en Toledo con el nombre de "Rosita, la cantante callejera".

Era una joven de unos 18 años; la hermosura de su rostro hechicero, encuadrado por una cabellera rubia que la cubría las espaldas y sus grandes ojos negros, que tanta expresión daban a aquella muñequita contrastaban con los pingajos que cubrían su cuerpo; llevaba colgada al cuello su inseparable guitarra, la que tocaba con tal maestría que más de una vez arrancó lágrimas de emoción al popular auditorio que la escuchaba. Su guitarra tenía alma: cantaba, reía, lloraba, según los sentimientos que la cantante callejera quería expresar. Al impulso de sus finísimos dedos las cuerdas de aquel instrumento tan vulgar, vibraban con tal sensación de vida, que los oyentes admiradores de la pordiosera, cantaban, reían o lloraban sugestionados por las vibrantes notas del instrumento de Rosita: su gui-

tarra parecía el ángel guardián tutelar de la hermosa cantante, pues siempre le produjo lo necesario para mantenerse ella y su familia. El donaire de sus canciones, su gracia juvenil y espontánea la han convertido en admirable institución popular.

De los labios de todos los que acudían a la plaza no salía más que una palabra:

—¡Rosita! ¡Rosita!

La pordiosera, al verse rodeada del pueblo en masa que le pedía una canción, saltó sobre la plazoleta o templete donde hay una cruz de piedra, que está situada en un plano superior al de la plaza, y haciendo escenario del templete, saludó a los que con tales muestras de simpatía acudían a oír sus canciones y bailó una seguidillas que el público jaleaba con palmas. Se la aplaudió con entusiasmo. Y era tanta la confianza que tenía en su público que no temía abusar de su complacencia: así la vemos acercarse a una señora que está situada en primer término, quitarle de sus hombros un precioso chal de encajes y la oímos decir, poniéndoselo:

—¡Este magnífico chal es para mí!...

Uno de los concurrentes le arrojó una rosa que ella recogió al vuelo con los labios.

Oyese un clamor general: —¡Que cante, que cante!...

Y dibujando su labio una sonrisa angelical, cogió su guitarra, que templó primero, y en medio de un silencio solemne, mirando al Cielo con aquellos hermosos ojos que el cielo parecían, empezó a cantar una



En una noche estrellada...

trova dulce como la caricia de una virgen, suave como el céfiro matutino de mayo, acariciante como una promesa, ingenua como el beso de un niño. ¡Qué endecha tan poética!... ¡Qué suave melodía!...

Y la guitarra acompañante dejaba oír sus notas que caían como cascada de perlas en el alma de los oyentes...

Y ella cantaba:

En una noche estrellada
y entre jazmines y rosas
un doncel a su estimada
con voz tierna, enamorada,
le dice estas bellas cosas:
"Tu voz que no miente
"me dice que me amas
"tu labio que siente
"del mío las llamas,
"no miente al decirme:
"—te quiero de veras—
"Acaba de herirme
"con esas quimeras,
"dime que me amas,
"dime que me adoras,
"pues con esas llamas
"tan consumidoras
"que en tus ojos brillan
"renace mi calma,
"mis penas se orillan
"y en paz queda mi alma."
En una noche estrellada
y entre jazmines y rosas
un doncel y su estimada
en unión nunca soñada
se dicen muy bellas cosas.

Y calló Rosita, y un estruendo de aplausos le prometían buena colecta, que ya se disponía a recoger; mas en aquel instante un pregonero municipal hizo oír su estridente trompeta anunciando un pregón.

Todos se volvieron súbitamente hacia el pregonero, con la natural curiosidad de conocer el objeto del pregón.

—Se hace saber a todos los toledanos, que habiendo llegado a Toledo su Majestad el Rey, que Dios guarde, se os ruega que dejéis paso libre a la carroza real.

Como impulsados por el mismo resorte, todos, absolutamente todos, corrieron en pos de la carroza real, dejando a Rosita sola... y sin un mísero maravedí.

Sumida en la mayor pesadumbre, por no poder llevar a los suyos el pan de cada día, que Dios no niega ni a los pajaritos del bosque, frunciendo el ceño y bajando la vista, con los puños cerrados en ademán amenazador, exclamó con rabia:

—¡Maldito rey, que me priva de una buena colecta!...

Y con lágrimas en los ojos y el corazón apenado, dirige sus pasos hacia el mísero chiribitil donde la aguardan impacientes sus pobres padres y sus tres hermanitos.

El chamizo, domicilio de la familia de Rosita, era algo así como cueva y choza, situada en las afueras de Toledo, y en donde vivían en amable consorcio: el jefe de familia, un tipazo que no pasaba de los sesenta inviernos y pasaba de las doce arrobas; feo, rechoncho, sucio y mal parecido; la

madre de Rosita, no tan fea como su esposo, pero de más peso y más sucia, si cabe; los tres hermanitos de la cantante callejera: Luisín, de diez años, Cardín o sea Ricardín, de ocho y Quitá, Enriquita, de seis; los tres casi tan bonitos como su hermana y un poquito más puercos que sus padres; Kaid, el perro lanero, completaba el cuadro viviente de aquella familia de quien Rosita era la Providencia.

El mobiliario de la vivienda lo componían: tres jergones de panojas de maíz distribuidos en las dos únicas habitaciones; una mesa coja; dos bancos, que andaban parejas con la mesa; un caldero de cobre con más remiendos que los calzones de Luisín, que ya no se sabía cuál había sido el paño primitivo; un par de pucheros que sólo podían servir para asar castañas, por los agujeros que el uso y los mamporros de los chiquillos les habían propinado; un par de tazones en uso muy deplorable; media docena de platos terreros, en tan buen estado como los pucheros, y una cuchara de palo por cabeza, descontada la de Kaid, que no la tenía, ni plato siquiera, por no alargar para tantos el presupuesto familiar, por lo cual se le concedía el beneficio de la habitación, teniendo que buscarse por su cuenta su diario sustento entre las sobras o escombros de las familias toledanas, para lo cual se le abría la puetra del chomizo cada mañanita antes de la salida del Sol con la despedida de una patada y esta frase:

—Kaid, a buscarse la becada, que aquí sobran bocas y huelgan vagos.

Por supuesto que el escuálido can al ver la puetra abierta no esperaba que le acariciasen la cola con los pies, sino que huía con el rabo entre piernas como alma que lleva el diablo, prestándole alas el hambre canina que sufría: tal era la pintoresca familia de Rosita.

Los padres y hermanitos de la "cantante callejera", aguardaban siempre con impaciencia a su hija y hermana, respectivamente; pero aquel día, con más impaciencia, si cabe, que los demás, por la sencilla razón de que la alacena de la choza estaba exhausta.

—Nosotros no tenemos pan ni nada que llevarnos a la boca, pero Rosita nos traerá de todo en abundancia para festejarnos —decía la madre a los tres rapazuelos, que con un apetito abierto de par en par, pedían un mendrugo de pan. Los angelitos se relamían de gusto al pensar que su hermana mayor calmaría su hambre, y salieron a su encuentro.

Al poco rato, vuelve Luisín, el mayor, vociferando a grito pelado:

—Madre, padre: viene Rosita.

Llegaba, en efecto, con paso lento y aire triste, con los brazos caídos y el ceño fruncido. Comprendieron los viejos que aquella mañana no le había ido el negocio conforme a sus deseos, y se prepararon para armarle una escandalera. Entró la pobre niña en su mísero hogar y sin contestar a ninguna de las preguntas de los autores de sus días, se descolgó la guitarra, que arrojó como trasto inútil y sentóse en uno de los des-

vencijados bancos, con aire abatidísimo. Los desarrapados chiquillos registrábanle la faltriquera mientras los dos viejos echaban sobre ella una reitela de improprios capaz de enrojecer a un guarda-cantón. Entre los gritos de los padres y los lloriqueos de los chiquitines, se armó un belén difícil de describir. Por fin, Rosita explicó a sus padres el motivo de su poco éxito:

—Hoy había la mar de público para escuchar y he cantado y tocado como nunca; miles de personas que me hubieran dado de todo... Pero el Rey acaba de llegar, y...

—¡Viva el Rey!...—gritaron a una los tres chiquillos, dando brincos de alegría.

Estos entusiasmos monárquicos, los apagó el padre de Rosita propinando un sornavirón de pronóstico a Luisín y un par de coces a Cardito, que fué a parar más allá de la puerta por donde entraba en aquellos instantes el cobrador de contribuciones del Municipio.

—Vengo —dijo el empleado municipal—, a cobrar la contribución, por orden del Alcalde presidente.

Salió Rosita a recibirlo y lo hizo con aire poco cortés, por cierto:

—Caramba! estaría bien que encima de todo tuviera yo que pagar impuestos al Rey.

Con aire de autoridad, replicó el cobrador que nadie podía sustraerse a tal deber y que no se marcharía sin cobrar. Al oír ésto el padre de Rosita, le dijo, arremangando hasta el codo la sucia piltrafa que llevaba

por camisa y escupiéndole en ambas manos, como preparándose para arrimarle unos mojicones:

—Pues ya que os empeñáis en cobrar, os voy a dar el pago que merecéis.

Y se adelantó; mas Rosita, interponiéndose entre su padre y el funcionario, dijo a éste:

—Decid al Rey que yo le pagaré con una canción y a buen seguro que mi canción no zumbará muy bien en sus reales oídos.

Y dándole un fuerte empujón, el cobrador fué a caer sentado a diez pasos de la puerta, que Rosita tuvo buen cuidado de cerrar.

Y la cantante cogió la guitarra y se puso a componer la canción que iba a dedicar a su majestad para pagarle el mal rato que estaba haciendo pasar a su desgraciada familia. Pensó un rato y se levantó, diciendo con júbilo y rabia:

—Ya está; oid:

Conozco yo cierto Rey
que es de su pueblo baldón...

—Muy bien, muy bien, gritó Luisín olvidándose de su entusiasmo anterior por el monarca. Y continuó cantando Rosita:

Conozco yo cierto Rey
que es de su pueblo baldón,
y de sus vasallos fieles
se burla sin compasión.

Toda la familia repitió la copla a pleno pulmón, aplaudiendo a Rosita por su inventiva.

—Persígnate antes de cantar esta copla en la calle — le dijo la madre —, porque si un cuadrillero de la Santa hermandad te oye, vas a dar con tus huesos a los calabozos de la Santa Inquisición.

—Mejor — replicó Rosita —, allí al menos, comeré caliente.

Y los tres desarrapados hermanitos repitieron a grito pelado la estrofa:

Conozco yo cierto Rey etc.

III

El Rey había llegado aquella mañana a Toledo en lujosa carroza y el pueblo le había aclamado con entusiasmo. Se albergaba en el palacio del Alcázar y conscientemente de su deber, se disponía aquella misma tarde a visitar el lugar donde se desarrolla la corrupción de que le había hablado el dignísimo cardenal.

Su primer ministro, que también le acompañaba, había hecho los preparativos para que esta visita fuese fructuosa: dos dominos con sus correspondientes antifaces.

En la cámara real el monarca se preparaba transformando su faz con afeites y pinturas como la más relamida cortesana. Mientras está en su tocador, el primer ministro recibe a un alto emisario que desea hablar con el monarca; presentado a éste dícele:

—Señor, una vulgar hija del pueblo, una cínica cantante callejera ha osado mofarse en público de Vuestra Majestad.

—¿Y esa cantante, es bonita? — preguntó el Rey — quisiera verla.

Y habiéndose enterado de que cantaba en la Plaza de la Cruz determinó conocerla.

El rey y el primer ministro, disfrazados

con vulgares dominós y cubriéndose el rostro con antifaces, salieron del alcázar por una puerta secreta y lanzáronse a buscar aventuras en pos de las máscaras por las callejas de dudosa reputación, no tardando en lograr su propósito; añadiendo leña al fuego de la depravación que ardía en Toledo aquellos días de carnestolendas.

Recorrieron buena parte de la ciudad que en aquellos instantes aparecía iluminada a intervalos por los fuegos de artificio que se quemaban en las principales plazas, y en el trayecto cometieron más de cuatro ligerezas con las máscaras que buscaban aventuras amorosas en apartados callejones.

No tardaron en llegar a la Plaza de la Cruz donde se congregaba la multitud afañosa de oír la nueva trova de la cantante callejera. La plaza estaba iluminada por hachones de viento que daban a Rosita el aspecto de algo sobrenatural, divino. El rey quedó sobrecogido al contemplar a aquella niña, rodeada de un pueblo ávido de novedades, escuchando religiosamente a la cantante callejera que cantaba:

Conozco yo cierto rey
que es de su pueblo baldón
y de sus vasallos fieles
se burla sin compasión.
Un rey que de las doncellas
no respeta la virtud...
Huid de él, mocitas, que duelo
dará a vuestra juventud.



Pues ya que os empeñáis...

El rey quedó pasmado al contemplar la peregrina belleza de aquella trovadora popular y dijo a su primer ministro:

—¿Cómo no me habíais dicho que sus cabellos eran de oro?

Y sugestionado por aquella preciosa muñequita que tan mal hablaba de él, se hizo paso por entre la apiñada multitud y se colocó con su primer ministro en primera fila. El monarca quedó prendado de la rara belleza de aquella ninfa singular y de la entereza de su carácter: ¡Atreverse a ridiculizar al rey delante de todo un pueblo precisamente el mismo día de la llegada de ese rey a Toledo!... ¡Aquella niña era todo un carácter!

Y el rey la admiró, la amó y determinó poseerla...

Rosita repitió varias veces la copla que quiso aprendiera la concurrencia:

—¡Muy bien! ¡Todos a coro el refrán!... ¡Y fuerte para que el rey lo oiga desde su palacio — gritaba la valiente muchacha.

Y todos los oyentes a voz en grito repitieron, mientras ella llevaba el compás, riendo de gusto al ver aquel espectáculo:

Conozco yo cierto rey
que es de su pueblo baldón
y de sus vasallos fieles
se burla sin compasión.

El primer ministro, que al lado del monarca presenciaba la cínica despreocupación de aquella desaprensiva muchacha, estuvo a

punto de echarse sobre ella y abofetearla; pero el rey, a quien divertía aquel espectáculo y que admiraba la sin par hermosura y la entereza de la cantante, lo detuvo... Y el augusto monarca no apartaba la vista de aquella figulina que se comía con los ojos.

Rosina mientras animaba al pueblo a gritar repitiendo el refrán, notó que dos máscaras situadas en primer término, la miraban con la boca cerrada, se acercó a ellas y dirigiéndose precisamente al rey:

—¡Eh, el mudo!... ¿por qué no cantáis?
— dijo dándole un ligero y acariciante bofetón que a gloria le supo.

El monarca repitió con la concurrencia:

Un rey que de las doncellas
no respeta la virtud.
Huid de él, mocitas, que duelo
dará a vuestra juventud.

Y reía el monarca y ya había pensado el castigo que impondría a aquella muchacha tan linda que le tenía trastornado, cuando, súbitamente, abriéndose paso por entre la multitud, cayeron sobre la pordiosera media docena de cuadrilleros de la Santa Hermandad que mandados por un capitán tenían orden de prender a la pequeña revolucionaria. El capitán, mientras sus subterros la maniataban, le comunicó:

—Yo os arresto por desacato e injuria a la persona de Su Majestad el rey.

Rosita protestó y se opuso violentamen-

te a su prisión; pero todo fué en vano; los cuadrilleros la llevaron fuertemente maniatada, no obstante la desaprobación del populacho que pedía clemencia por su pequeña cantante. No se oía más que un clamor:

—¡Se llevan a Rosita!... ¡Han apresado a la "cantante callejera".

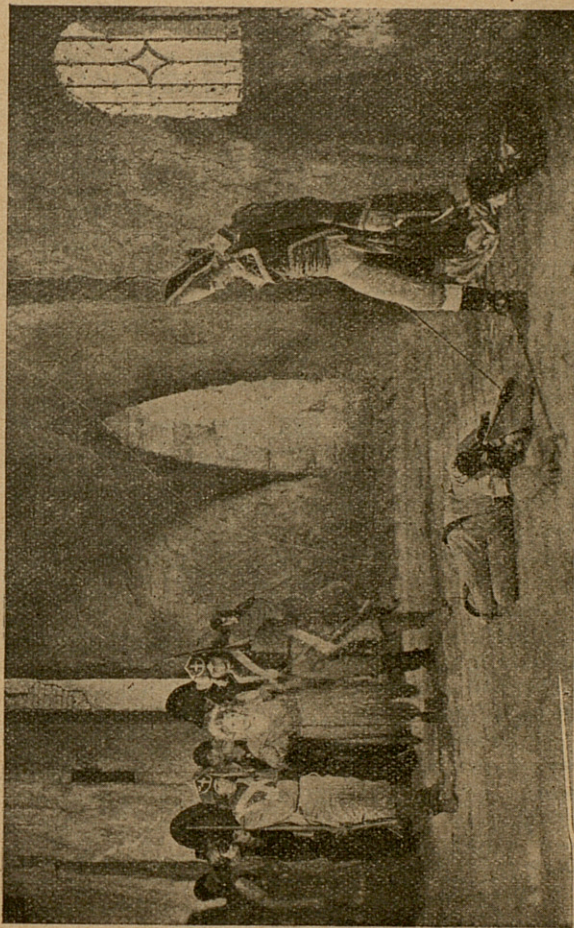
Y un gentío inmenso seguía a la trovadora popular en ademán poco tranquilizador.

Al volver de una esquina los cuadrilleros que llevaban a Rosita toparon con un noble caballero, quien, al reparar en al forma violenta como llevaban a Rosita increpó duramente a los cuadrilleros y encarándose con el capitán que los mandaba le dijo con dureza:

—Por caballerosidad, no detengáis a esa muchacha.

El capitán contó al caballero que aquella mendicante se había atrevido a denigrar al rey públicamente y a soliviantar los ánimos de la multitud contra el monarca, por cuyo motivo la pondría entre las manos de los jueces a quienes incumbía determinar su prisión o su libertad. A estas razones contestó el noble con otras de no menos peso, ponderando los motivos que la disculpaban: su poca edad, la necesidad en que se hallaba ella y su pobre familia, su buena intención, etc., y terminó con estas palabras:

—¡Es una vergüenza prender a esta inocente, el simpático y alegre ruiñón de nuestras calles.



minutos después el capitán se desplomaba...

Al oír la joven prisionera estas halagadoras palabras pronunciadas con tanto calor por un caballero principal tan apuesto, gallardo y bien parecido, dirigióle una penetrante mirada que lo mismo podía significar agradecimiento que cariño. Aquella mirada, que no quedó desapercibida para el joven, llególe hasta el alma como dardo abrasador, y prestóle ánimos para trabajar en conseguir su libertad. Así lo comprendió la joven cantante al notar como su defensor le devolvía la mirada con otra no menos significativa con el aditamento de una sonrisa en que se dibujaba algo más que simpatía.

A las palabras del joven caballero contestó el capitán con una grosería; que aquél no quiso dejarle pasar sin protesta, mandándole que pusiese inmediatamente en libertad a la prisionera, a lo que se negó el capitán, amenazándole con prenderle a él también.

De las amenazas pasaron a los insultos, y de los insultos a las espadas. Cruzaron éstas con enconamiento mientras Rosita con el corazón oprimido y gran temor hacía voto para que su protector quedase ileso.

Durante unos instantes sólo se oyó el rumor de los aceros: minutos después el capitán se desplomaba atravesado el corazón por la tizona del noble; mas en un abrir y cerrar de ojos vióse rodeado de seis aceros multitud que apuntaban a su pecho.

— Daos preso — le gritaron a una los seis cuadrilleros.

No quiso el caballero oponer resistencia a su cautiverio y dejóse prender y maniatar. Los dos detenidos cruzaron sus miradas preñadas de amorosas promesas.

En lo ojos de Rosita se asomaron dos lagrimones que brillaron como dos perlas, y el joven acompañó su mirada de una significativa sonrisa que parecía decirle:

— No hayas temor, te salvaré.

Y los soldados condujeron a los detenidos al Palacio de Trastámara, conocido hoy día por el vulgo con el nombre de Corral de Don Diego, a causa de la aglomeración de edificios que existen en lo que fueron patios del antiguo palacio.

En la época a que nos referimos era aquel palacio residencia del Tribunal civil de la Santa Inquisición.

Dicho tribunal ocupaba una de las pocas salas que aun hoy se pueden contemplar en dicho Palacio.

Es una sala elevadísima, cuadrilonga, de florido estilo mudejar. El arco de entrada está interiormente revestido de precioso ataurique, y en un gran cuadro, sobre el que aparecen tres graciosos ajimeces, hay una inscripción borrosa hoy; pero que algunos anticuarios han interpretado por ésta, atribuida a Jorge Manrique:

Nobles, discretos varones
que "governays" a Toledo
en estas habitaciones
desechad las aficiones
codicias, amor y "myedo".

Por los comunes provechos
 "Dexad" los particulares;
 Pues vos "fizo" Dios pilares
 de tan riquísimos techos
 estad firmes y derechos.

Tal era el salón que ocupaba el Tribunal civil permanente de la Santa Inquisición a donde fueron conducidos los dos detenidos.

Al comparecer delante del Tribunal, Rosita se apresuró a decir a los jueces:

—No lo prendan a él... ¡Yo soy solamente la culpable de todo!...

El juez, sin prestar atención a las palabras de la mendicante, ordenó a los cuadrilleros:

—¡A ver!... Incáutense de la documentación del preso.

Al registrar los cuadrilleros al caballero halláronle varios documentos y entre ellos un pergamino encabezado con un escudo y cifras reales y que contenía este texto:

"Por la presente concedemos todas las franquicias y preeminencias de su alta condición nobiliaria a "Don Diego de Alcalá, Conde de Vallealto".

YO EL REY

Al leer los jueces este documento quedaron extrañados, y el que actuaba de presidente exclamó:

—Un conde, un noble... y se bate por

una vulgar cantante callejera... ¿Vos conocéis a esta muchacha?

—Señor juez, según lo que vos entendaís por conocer, sí y no.

—Explicaos.

—No hay nadie en Toledo que no haya visto a esta doncella: es una trovadora popular, un ruiseñor que lleva en su pico todo su tesoro; pues que vive de sus trovas... Sólo la conozco de haberla visto postular por las calles...

—¿Y cómo es que os batís por una por-diosera?

—Es mujer indefensa y... basta.

—Pero insultó a Su Majestad, que Dios guarde.

—No fui testigo de tal insulto.

—Pero se asegura que en plena plaza escarneció al monarca.

—El monarca es digno de todo respeto; pero no el follón que se atreve a poner sus manos sobre una débil muchacha...

—Os repito que el rey...

—El rey es menos cruel que sus secuaces y estoy convencido de que no ha de ser tan severo como el capitán que ha apresado a esta preciosa criatura.

—¿Vos matásteis al capitán?

—Si no le he dejado cadáver, mal herido debe estar.

—¿Y cuál fué el motivo?

—¿De la riña? Su lengua soez ha proferido palabras que un caballero no puede oír sin protesta.

—Sentaos.

Y Don Diego fué a sentarse maniatado a un banco adosado a la pared al lado de Rosita que lo recibió con una sonrisa de gratitud y cariño:

—Gracias, Don Diego, os quedo altamente agradecida por vuestra proeza; pero siento en el alma que por mi culpa os pueda acaecer algún daño.

—No temáis, hermosa, no temáis nada por mí, mañana al despuntar el alba yo gozaré de libertad.

—¡Dios lo haga!

Callaron sus bocas por habérseles acercado un cuadrillero; pero sus corazones palpitaban al unisono, se acercaron el uno al otro cuanto pudieron, y sus manos, que ambos tenían maniatadas a la espalda, se encontraron, transmitiéndose en convulsivo apretón, los sentimientos de sus corazones.

Se miraron sonrientes y bajaron la vista como avergonzados: se amaban en silencio.

Un cuadrillero vino a sacarles del ensimismamiento en que estaban:

—Tengo orden de conducirles al encierro.

—¡Andando! — replicó don Diego.

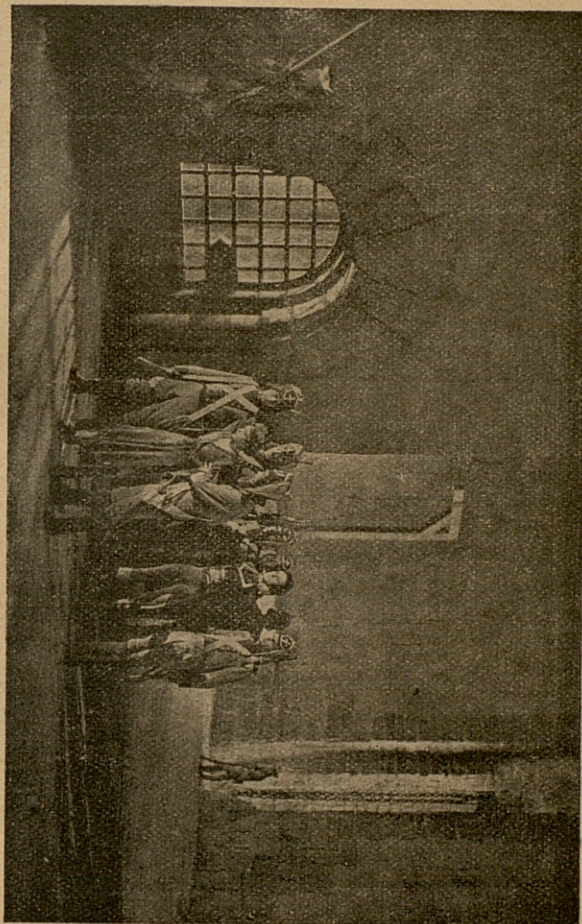
—¿Al mismo calabozo? — preguntó Rosita.

—Echen para adelante que ya lo sabrán.

Y fueron conducidos a dos distintos calabozos del castillo de San Servando.

Este castillo, de forma rectangular, lo formaban cuatro cuerpos de edificio en cuyo centro había un patio de bastante ex-

y fueron conducidos a dos calabozos...



tensión en donde se veían seis instrumentos de horca, consistentes en unos postes clavados al suelo, en cuya parte superior salía una madera en forma de L invertida, en donde colgaban a los ajusticiados a la última pena.

Los calabozos de Don Diego y Rosita estaban situados en dos cuerpos de edificio diametralmente opuestos y ambos tenían ventanas abarrotadas que daban al patio.

Don Diego entró valientemente en su encierro, sin abrigar ningún temor. Rosita endulzó la natural tristeza que le producía el cautiverio con el pensamiento del apuesto doncel que había salido en su defensa y a quien amaba ciegamente.

El primer pensamiento de ambos reclusos fué indagar a dónde daba la ventana abarrotada de sus respectivas celdas.

—¡Si se verá el encierro de Don Diego, desde esta ventana!... — pensó Rosita.

—¡Dios haga que se le ocurra mirar por la ventana de su celda!... — decía para sus adentros, Don Diego.

Y ambos, como movidos por el mismo impulso, haciendo escabel de sus camastros asomáronse al mismo tiempo por las ventanas abarrotadas que a regular altura daban al patio interior de la fortaleza.

Se vieron y en el lenguaje mudo, pero elocuente, del cariño transmitiéronse sus pensamientos amorosos: ¡qué de cosas se dijeron sin pronunciar una palabra, sólo con la mirada, en los pocos instantes que pudieron contemplarse!...

Un centinela que se apercibió de la presencia de los dos reclusos en las ventanas les hizo seña de que se apartaran, lo que hicieron, no sin antes mandarse un sentido beso con la mano.

En aquel instante el carcelero abrió el calabozo de Don Diego:

—¡Hola, perillán, con que habéis mandado al otro barrio al capitán de los cuadrilleros!...

—Los dos teníamos el camino abierto y...

—Mirad por el ventano.

Y Don Diego, subiendo sobre su camaranchón asomóse al patio y vió balancearse, colgado a una de las horcas el cuerpo de un pobre ajusticiado. Dió un salto asustado y se estremeció de horror.

—Un noble no puede morir así, — exclamó Don Diego.

—No seáis niño; los nobles ajusticiados, mueren como quiere el rey...

—No será el rey tan duro, que no atienda mi clamor...

Y quedó el conde sentado, apoyando la cabeza en su mano con el codo en la rodilla, mientras el repugnante carcelero salía tatareando una lúgubre canción que repercutía en los oídos del conde como un canto funeral.

—Hasta la vista, señor conde! Voy a ver cómo sigue vuestra compañerita... — Y cerró con violencia la pesada y férrea puerta del tétrico encierro dejando al preso librado a sus propios pensamientos, poco halagadores, por cierto.

Casi al mismo tiempo, en la celda de la cantante callejera pasaba algo muy distinto. Abrese la puerta de su encierro y presentase un caballero con librea de la casa real.

—Señorita — le dice, — tenéis que seguirme por orden de Su Majestad el rey, que Dios guarde!...

—¿Y a dónde me llevais? — exclamó Rosita, palideciendo y sobresaltada.

—No puedo deciros a dónde se os destina; pero no tengais temor: no os sucederá nada malo.

—¿Y Don Diego? — preguntó con interés Rosita.

—No tenéis por qué ocuparos de él. Mató a un hombre y su suerte está ya echada.

—¿Qué quereis decir?

—Que no os preocupeis de ese señor; pues será condenado a la horca.

—¡Gran Dios!... Por mi culpa... dejadme morir por él; yo sola fuí al culpable...

Y se echó a llorar.

Pero pensó Rosita en una de las últimas palabras del conde: "No temais nada por mí, señorita, mañana al despuntar el alba yo gozaré de libertad"... Y se tranquilizó su espíritu.

—Señorita, cuando querais os acompañaré.

—¿A dónde?

—Os repito que no os lo puedo decir.

—Pues vamos dónde sea.

Y salieron ambos del encierro. A la puerta del castillo una calesa de palacio los aguardaba...

... ..

IV

Es de noche. Un viento silvoso y frío de febrero ululaba por entre los barrotes de la prisión, impidiendo dormir a Don Diego que se revolvía buscando inútilmente conciliar el sueño, acostado sobre el sucio camaranchón de su estrecho encierro. Desde su lecho, y a través del estrecho ventano, contemplaba las formas caprichosas de los negros nubarrones que impelidos por el viento corrían y se arremolinaban, así como fantástico escuadrón de fieros guerreros empujados por el genio de Marte. La luna, rielando sobre las nubes, dábales formas muy caprichosas y funambulescas que tomaban cuerpo de fantasmas en la imaginación calenturienta del prisionero.

Mezclando sus clamores con el viento, oíase el triste y monótono lloriqueo de un perro que, dando al aire sus prolongados chillidos, manifestaba su tristeza por la desaparición de su amo, encerrado en alguna de aquellas mazmorras, o quizás colgado de alguna de las horcas: que el instinto y fidelidad de estos animales les hacen comprender los peligros que sufren sus amos. Completaban estos ruidos nocturnos

el tético silbido de la lechuza, que posada en el palo superior de alguna horca parecía velar el frío cadáver del ajusticiado que se balanceaba a impulsos del viento: la noche desapacible, el ulular del viento, el lloriqueo estridente y quejumbroso del can, el silvo de la lechuza y el musitar de los carceleros o alguna otra persona que en el pasillo vecino barboteaban quedo, infundían en el ánimo del conde Don Diego algo así como miedo y terror. Luchaba por apartar de su pensamientos estas ideas funambulescas, y cuantos más esfuerzos hacía su mente para rechazarlas, más se pegaban a su imaginación. Dirigía su mirada hacia el ventano y parecía que las nubes formaban la figura de un espectro ensangrentado que con sus largos brazos extendidos y sangriento puñal en la diestra perseguía a su matador; cerraba los ojos y reperiencia en su corazón el chillido del can que percibían sus oídos como un canto funeral. Revolvíase en su lecho cuando oyó pasos en el cercano corredor; se incorporó y a poco oyó poner la llave en la cerradura de la puerta de su encierro y crujir la falleba mohosa.

Se puso en pie. Su corazón latía con violencia. Se abrió la pesada puerta chirriando sobre sus goznes y aparecieron tres personas: el carcelero, que llevaba en su diestra un candilón encendido y en su izquierda un manojo de gruesas llaves atadas a una cadena; un caballero con un rollo de pergaminos bajo el brazo, y un sacerdote.

—Buenos noches, señores, — dijo Don Diego — ¿Qué ocurre?

—Mala noche tenemos — contestó el del pergamino.

—Noche de perros — agregó el carcelero.

—Dios os la dé de paz — apuntó el eclesiástico.

—¿Hay novedad? — preguntó el preso.

Y sin contestar, el notario, que otro no era el del rollo, extendió sobre el banco de piedra un pliego de pergamino y sacando un tinterito que destapó cuidadosamente, colocólo al lado del pergamino, poniendo en la mano del conde una pluma de ganso, y díjole en tono solemne:

—Para que consignéis aquí vuestra última voluntad.

—Pero aún no se me ha notificado mi sentencia.

—No abrigueis esperanzas, señor conde; habéis matado a un hombre.

—En un duelo, no villanamente, como un asesino.

—La vida de los hombres sólo pertenece a Dios, — dijo el capellán.

—¿Creeis que el rey firmará la sentencia?

—Vuestra suerte está ya echada — contestó el notario.

—¿Sentencia de muerte? — preguntó espantado Don Diego.

—Así parece, — dijo el capellán.

—¿Y qué clase de muerte?

—Teniendo que morir, poco os importa

la manera — dijo con crudeza el carcelero —; dentro de unas horas hareis compañía en ese patio al que toma la fresca, colgado de esa horca.

La visión de la muerte infamante hizo estremecer de pavor al desgraciado conde.

—Pues bien; voy a consignar mi última voluntad.

—Aquí teneis recado de escribir.

Y Don Diego se sentó y con mano firme y con gran entereza escribió en el pergamino:

“A Su Majestad el Rey:

“Solamente los más viles criminales son “condenados a la muerte infamante de la “horca. Que Vuestra Majestad se acuerde “de la dignidad de mi rango, y se sirva “permitir que sean ennoblecidos mis últimos momentos, disponiendo que se me “fusile en lugar de que se me ahorque.

Don Diego de Alcalá”.

—Os ruego, señor notario, que os sirvais entregar a Su Majestad el rey, nuestro Señor, este pergamino. En él no solicito el perdón, le pido sólo morir como caballero.

—Sereis servido, Don Diego.

—Si necesitais los auxilios de mi sagrado ministerio, estoy a vuestra disposición.

—Gracias, reverendo cura; cuando se me comunique oficialmente la sentencia, me permitiré llamaros para arreglar mis pasaportes.

Los tres visitantes salieron del calabozo y Don Diego, con paso firme y gran tran-

quilidad los acompañó hasta el dintel de la puerta, que se cerró, dejándole sumido en los más encontrados pensamientos: ¿Qué sería de Rosita?... ¿Podría verla antes de morir?... ¿Cuál sería su sentencia?... ¿Pensaría en él la hermosa cantante callejera?... ¿Atendería el rey su ruego de morir fusilado?... Y otros parecidos y muy diversos pensamientos pasaban por su mente con la misma velocidad con que los nubarrones de formas fantásticas, pasaban con vertiginosa velocidad por delante de la luna que entonces contemplaba por la estrecha ventana enrejada.

... ..

Retrocedamos.

Descendió Rosita de la calesa real frente a la puerta principal del fastuoso Alcázar, acompañada por el caballero con librea que la sacara de la prisión.

Las contadas personas que la vieron penetrar en palacio quedaron sorprendidas al verla acompañada por un caballero tan uniformado: iba con los mismos vestidos que llevaba cuando, con su guitarra en bandolera, recorría la ciudad alegrando con sus cantares y bailes a los toledanos: una bata raída, completamente estriada en sus bordes, cubría apenas su cuerpecito de muñeca; sus piernas, enteramente desnudas y sus brazos escotados.

Subió las soberbas escaleras del Alcázar embotada, estupefacta de tanta magnificencia. Iba tranquila y alegre.

—Decid — preguntó a su encartonado acompañante. — ¿Dónde me lleváis?

—Ya lo veréis.

—¡Qué bonita! — exclamó la hermosa cantante, al llegar al vestíbulo del gran salón del piso principal — ¡Qué bonito!...

Y al verse en uno de los grandes espejos que ocupaba todo un paño de pared, sonríe de gusto al contemplar su carita risueña de virgen griega; pero al reparar en sus apilrajados vestidos tan míseros y guardando tan poca relación con su figurita esbelta, se tapa el rostro con las manos:

—¡Qué fea!...

—Pasad, señorita — le dijo su acompañante abriendo una puerta, — y esperad tranquila.

Entró Rosita en un magnífico y esplendoroso salón, la puerta se cerró tras de ella y se halló sola.

Aquello era un sueño de las mil y una noches.

Una lujosísima araña pendía del techo, formado por un riquísimo artesonado policromado, en el centro del Salón había una mesa, toda dorada, estilo renacimiento español, y en medio de ella una magnífica frutera repleta de toda clase de frutas raras y olorantes.

No volvía de su admiración al contemplar tantas bellezas acumuladas en aquel regio salón. Después de admirar embelesada tal cúmulo de riquezas, reparó en la frutera y cogiendo un dátil llevóselo a la boca.

—Qué rico está!... — pensó.

Y repitió la operación comiéndose varias frutas que encontró deliciosas.

—No se está mal aquí, ¿y para qué me habrán traído a esta estancia?

Estaba en estos pensamientos cuando oyó un rumor detrás de un retablo que representaba un guerrero, y notó que el retablo se movía girando sobre sí mismo; apresuróse a engullir la fruta que estaba masticando; aun tenía la boca llena cuando apareció en un nicho donde estaba la pintura del guerrero un personaje que sonriente la miraba; saltó el personaje al salón y acercándose a ella díjole en tono cariñoso:

—Ven aquí, picarona.

—¿Qué me queréis?

—Eres muy guapa.

—¡Señor!...

Y quiso cogerla; mas ella comprendiendo la intención echó a correr cual la corza que del cazador va huyendo. La persiguió durante buen rato parapetándose ella detrás de la mesa; y como la doncella era más ligera de piernas, la persecución fué vana.

—¿No sabes tu que soy tu rey, del que te mofas descaradamente en tus canciones?

—¿Vos el rey?... Ja, ja, ja. ¡Y qué poco ligero andais!...

—Soy tu rey y si no reparas el daño que me has hecho, puedo perderte.

—¿Será verdad que sois el rey?

—Ven aquí, a mi lado, si no quieres que me enfade.

—Si supiese que no me engañais os obedecería.

—Mira — dijo el soberano, señalando un gran retrato al óleo que pendía en el centro del salón bajo un gran dosel de terciopelo carmesí, en cuyo marco había las cifras y escudo reales. Contempló Rosita el retrato, luego miró al soberano.

—Sí que sois el rey; perdonad, Señor — dijo humildemente la pequeña vagabunda, acercándose al monarca. Este, cauteloso para no espantar a la corza, le dijo con gran cariño, procurando poner mucha dulzura en sus palabras:

—Ven aquí, diablilla; ¿te acuerdas cuando cantabas en la plaza y enseñabas al pueblo a cantar cosas muy feas contra tu rey?

—¡Señor!...

—¿Recuerdas que una máscara te contemplaba muda y tu le diste un bofetón excitándole a que cantara la trova que habías enseñado al pueblo?

—Lo recuerdo, Señor.

—Pues bien, aquel bofetón necesita una pronta reparación.

—Majestad, ¿y cómo queréis que lo repare?

—Un cachete se borra con un beso.

—Ignoro quien era aquella máscara.

—Pues debes saber, picarona, que aquel bofetón cayó aquí, en mi mejilla.

—¿Será posible?

—Es tan cierto como que estamos aquí tú y yo.

—Pero no os hice daño, lo di muy flojito; casi fué una caricia.

—Bueno, pues la reparación será de igual

naturaleza; me vas a dar un beso flojito que borraré el bofetón, sino...

Y el rey agarró fuertemente por el flexible talle a aquella muchachita cuyo candor y rara belleza le hacían perder la tranquilidad. Ella se desprendió de los brazos del monarca y huyó hacia un extremo del salón. El rey sonriente consideró que era inútil la persecución y moviendo la cabeza díjola en tono cariñoso:

—¿No quieres venir a mis brazos?

—Señor, ¿no veis cómo voy vestida?—dijo la pequeña cantante levantando el borde apiltrafado de su desaliñada bata.

—Ya me las pagarás todas juntas. Espera aquí, pronto vendrán a buscarte.

Desapareció el rey por el torno por donde había llegado; quedando en su posición primitiva el retablo del guerrero.

Rosita aprovechó la soledad para dar un tiento a las frutas que a gloria le sabían.

Al poco rato abrióse una de las puertas del salón y apareció de nuevo el rey seguido del mismo caballero que la había sacado del calabozo y acompañado a palacio.

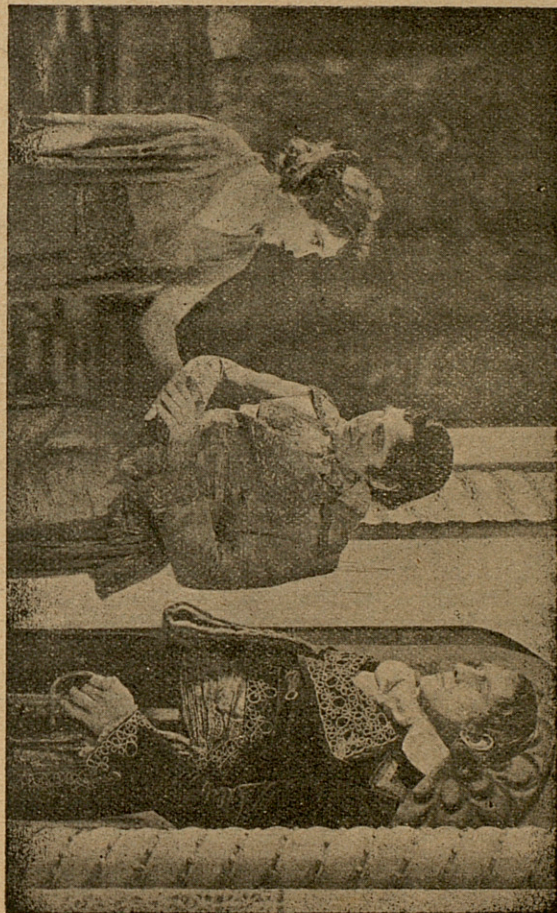
—¿Me lleváis de nuevo a la prisión?

—Nada temais.

Y salieron ambos. Atravesaron varios corredores y al final de uno de ellos el acompañante de Rosita abriendo una puerta le hizo seña de que pasara.

—Señorita, ya os dirán lo que debéis hacer — dijo, y cerró la puerta dejándola dentro y quedándose él fuera.

Dos doncellas de la servidumbre de palacio se presentaron a la "cantante calle-



Sigue a este caballero.

jera" e hicieron profunda reverencia que ella remedó tan cómicamente que las doncellas no pudieron disimular una sonrisa maliciosa.

—Entrad, entrad, señorita.

Y se la introdujo en un magnífico cuarto tocador.

—El rey ha mandado que cambiéis los vestidos que lleváis por otros en mejor uso.

—Bueno, como queráis — contestó Rosita empezando a desabrocharse su raída bata.

Ambas doncellas la ayudaron a despojar-se de su pobrísima vestimenta, y la vistieron nueva de pies a cabeza, ¡pero qué vestidos!... ¡cómo que eran del mismo riquísimo ropero de S. M. la reina!... La chiquilla no cabía en sí de gozo; brincaba y palmoteaba de gusto al verse en el espejo tan elegante y bonita.

Aquellos vestidos de seda y brocado, y sobre todo la finísima mantilla blanca, realzaban de modo extraordinario la peregrina belleza de aquella sencilla cantante.

—¡Si ahora me viera don Diego! — pensaba.

—Señorita — le dijo una de las doncellas, — tenemos orden de que os presentéis así a Su Majestad.

—Cuando quieran me pueden acompañar.

—Estáis muy linda.

—¿Sí, verdad?... Pues vamos a ver al rey — dijo con la mayor naturalidad Rosita, echando a andar.

—¡Pero que mal se anda con estos mal-

ditos zapatos! ¿No podría ponerme mis sandalias?

Una carcajada de las doncellas acogió esta graciosa salida de la "cantante callejera".

—No puede ser, señorita, el rey pensaría que hacíais Carnaval.

—Ya os ireis acostumbrando.

—Dadme el brazo porque me parece que voy a dar un resbalón en este pavimento tan encerado.

Y las doncellas la condujeron al salón donde ella había tenido la primera entrevista con el rey.

... ..

V

Recelosa la reina de la conducta de su marido se había dirigido a Toledo sin avisarle, para mejor vigilar sus acciones. Llegó al Alcázar por una puerta secreta y en el preciso momento en que introdujeron a Rosita en el salón tan ricamente vestida. Al atravesar la reina el corredor para dirigirse a sus habitaciones vió como las doncellas la acompañaban; cuando la hubieron dejado, la reina interrogó a las doncellas:

—¿Quién es esta señorita tan hermosa?

—Majestad, es una "cantante callejera" a quien hemos tenido que vestir de pies a cabeza.

—¿Con mis vestidos?

—Su Majestad el rey nos lo ha ordenado...

—Está bien; lo comprendo todo.

—¿Dónde está ahora?

—En el gran salón.

—Bien; luego iré a saludarla.

Y la reina fué a despojarse de su traje de camino.

Entre tanto el rey, avisado de que Rosita estaba en el salón, fué a su encuentro:

—Niña, estás bellísima, digna de ser amada por un rey.

—¿Verdad que me sientan bien estos vestidos?

—Muy bien; tu principal adorno es esa carita de querubín que tienes; pero te falta otro adorno.

—¿Cuál señor?

—Voy a buscar unos collares de perlas para realzar las gracias de mi suiseñor, rebelde y desdeñoso...

—¡Oh! ¡perlas!, ¡perlas!

Y brincaba de gozo.

—Espera aquí un ratito.

El rey salió y a poco llegó la reina para hablar con Rosita.

—¡¡Hermosa criatura!!—exclamó la Soberana al verla.

—¡Señora!...

—¡Es maravilloso! Mis vestidos os sientan admirablemente!... ¿Qué haceis aquí, joven?

—¿Acaso lo sé yo?... Yo creo que me han disfrazado para el Carnaval.

—¿Y quién os ha traído?

—Una magnífica carroza... Me han vestido con estas ropas tan preciosas; y hace un momento el rey me ha dicho que le espere.

—¡Ah!...

—Sí, ha ido a buscar un collar de perlas para adornar mi cuello.

—¡Un collar de perlas!... ¡Caramba!, os quiere mucho el rey.

—Yo creo que sí me quiere, porque antes me exigía que le diese un beso; pero yo me escapé de sus brazos en los que quería aprisionarme. Ja, ja, ja; ¡Ando yo más ligera que el rey!...

—¿No le amáis?

—Yo amo con toda mi alma a Don Diego de Alcalá; pero está en la cárcel y...

—¿Por qué está en la cárcel?

—Porque mató al capitán que me había apresado a mí.

—¿A vos?

—Yo, Señora, me gano la vida y la de mis padres y hermanitos cantando por las calles y tocando la guitarra... ¡ah!... y toco muy bien...

—¿Sí?

—Ya lo creo; pero ayer mientras estaba cantando en la plaza de la Cruz, la venida del rey me impidió llevar pan a mi familia, y yo para vengarme compuse unas coplas contra el rey que canté en la plaza delante del pueblo y me pusieron presa. Don Diego sacó la cara por mí y... él ha pagado los platos rotos...

—¿Y qué deciais en la trova que cantabais contra el rey?

—¿Quereis oirla?

—¿Os acordais de ella?

—Escuchad: la he compuesto yo, y la música también; ¡lástima grande que no tenga la guitarra!:

Conozco yo cierto rey
que es de su pueblo baldón...

—Callad, que viene el rey. Pasad a esta habitación.

—¿Si me ha dicho que esperara aquí!

—No importa: pasad presta.

Y la reina empujó a Rosita hasta la habitación próxima.

Ignoraba el rey la presencia de su esposa en Toledo, por eso quedó tan extrañado al verla

en el sitio en que momentos antes había dejado a Rosita.

Traía en sus manos un valiosísimo collar de joyero de la reina, y quedó cortado.

—Mi marido siempre galante y obsequioso, piensa colocarme con sus propias manos las perlas ¿no es cierto?

—¿Vos aquí?...

—¿Cómo! ¿no eran para mí?...

—Sí; quiero decir que os creía en vuestras habitaciones...

—Y por eso me traíais el collar a este salón...

—Venid, que os lo quiero poner por mis propias manos...

—Gracias, veo que sois siempre tan cumplido con las damas.

—Y ¿cuándo habéis llegado?

—No os importe saberlo. ¿Ya habéis destronado al demonio de la depravación?... — preguntó con sorna la reina.

—Pues no creáis; bastante útil ha sido mi presencia en Toledo.

—Lo creo, lo creo...

Fuése la reina hacia sus habitaciones y el rey buscó a Rosita.

—Hermosa mía, he ordenado que habiliten para vos y vuestra familia mi habitación de verano. Ahora pondrán una calesa a vuestra disposición para que vayais a anunciar avuestros padres esta nueva.

—¿Vestida así?

—¿Cómo, pues?

—Van a creer que me he disfrazado.

—Ja, ja, ja,... Oídme: yo os colmaré de ri-

quezas y de honores; pero teneis que quereme un poco.

—Ja, ja, ja... Ahora me río yo...

—Bueno... El mayordomo que os irá a buscar, os llevará un precioso cofre con joyas...

—¿Para mí?...

—Sí, para tí; para que veas que el rey te quiere mucho.

—Pero... oid. Todo esto ¿no es una chanza? Porque me parece que estoy soñando y que cuando menos lo piense me voy a despertar con mi guitarra en las manos y mis raídos vestidos.

—No soñáis: es el milagro hecho por el cariño de un rey que no tiene otra debilidad que amar a una niña tan bonita como vos.

Y acercó el rey sus labios al rostro de la doncella; mas ella lo rechazó pensando en Don Diego.

Momentos después una calesa del Alcázar llevaba a Rosita transformada en encopetada señora a la humilde choza donde vivía su familia.

Inútil describir la inmensa sorpresa de los suyos al verla llegar en tal forma y con tales vestidos. Al principio creyeron que era una alucinación de sus mentes.

—¿Pero qué es esto?—preguntó el padre.

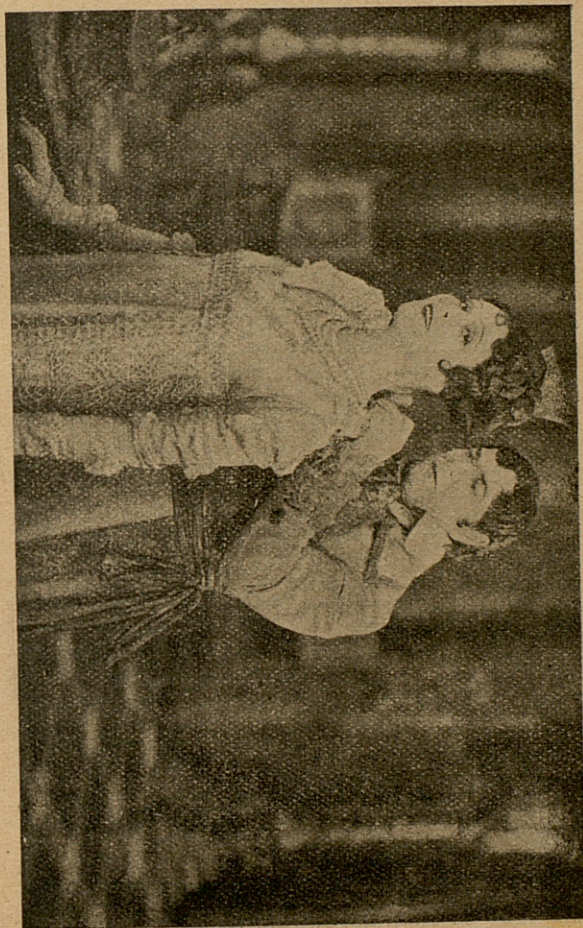
—¡¡Qué preciosísimo traje!! ¿Dónde lo has alquilado?—dijo la madre.

Y Luisín:

—Oye, Titita, ¿y no llevas careta?

—¡Qué mona! — exclamaron los dos chiquitines, sobándola con las manos llenas de mugre.

Veo que sois siempre tan cumplido con las damas



—¡Vaya!... ¡quietos!...—y arrimó un par de soplamocos a los dos rapaces.

—Pero, hija mia, explícanos...

—¡Y qué bien "güele"!—decía Luisín aspirando el grato perfume que exhalaban los vestidos.

Sentóse Rosita y contó a sus padres con gran lujo de detalles las causas de su transformación, en pocas horas, de una "cantante callejera" en alta dama de palacio y amiga del rey.

—Sólo una cosa me da rabia, y es que el rey me quiera, porque yo no lo pueda ver ni en pintura... Si no deja salir de la cárcel a Don Diego le escupiré a la cara.

—¡Cuidadito con lo que haces, replicó su padre, aprovéchate de las buenas disposiciones del rey!...

—Bueno, y ahora quiere que vayamos a vivir a un palacio.

—¿También nosotros?

—Todos.

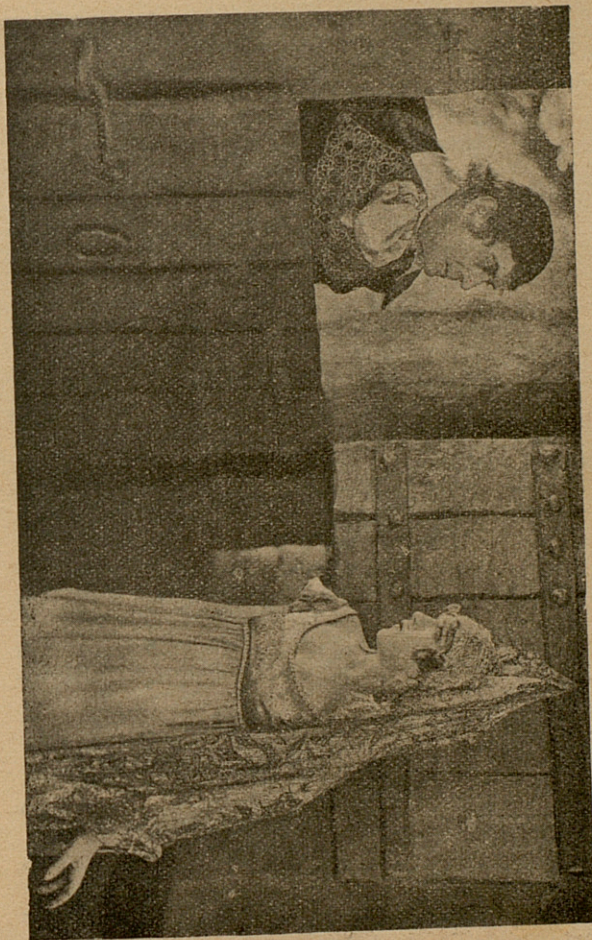
—¡Viva el rey!...—exclamó Luisín haciendo flamear en el aire el precioso pañuelo de encajes que tomó de la mano de su hermana, que luego olieron los tres muchachos y con el que "Quita" se sonó estrepitosamente.

—¿Qué haces, condenada? — gritó Rosita arrimando un pescozón a su hermanita y quitándole el pañuelo.

La familia comió aquel día con más regocijo que nunca y durante el ágape, que consistía en un caldero de patatas cocidas, Rosita fuéle detallando todos los sucesos del día.

Los padres y hermanitos de la "cantante callejera" no se cansaban de admirar a su her-

Decid a S. M. que yo no acepto : .



mana vestida con aquellos lujosísimos vestidos. Su madre le decía, cayéndosele la baba de gusto:

—¡Vaya, chica! estás tan “requetepreciosa” que no es extraño de que el rey y hasta el Padre Santo se enamoren de ti.

Aun no había terminado la frase cuando llegó una magnífica carroza que se paró a la puerta de la casucha. Un caballero engalanado bajó del coche y llevando un cofrecito entró en la choza:

—¿La señorita Rosita...?

—¿Qué quereis?

—De parte del rey os traigo este obsequio, como una sencilla prueba de su admiración.

—Pues decidle que se lo empapele, que no quiero más obsequios del rey—contestó Rosita con desprecio.

—Traed, traed—dijo la madre, y tomando el cofre lo abrazó como temiendo que se lo quitaran.

—Su majestad os ruega que acepteis su residencia de verano que se encuentra a las puertas de la ciudad, cerca de La Visagra.

—Decid a su majestad,—contestó la cantante—que yo no acepto sus exageradas distinciones.

—Como queráis, así lo comunicaré a su majestad.

Ya iba a marcharse el emiario cuando la madre, abriendo los ojos desmesuradamente, dijo a la hija:

—Acepta, hija mía, ¡qué diablo! Nosotros nos iremos a vivir contigo.

—¡Mala hija! — exclamó el padre — ¿Pre-

fieres que reventemos de hambre y que confiemos nuestras tripas a tu guitarra? ¿No hemos sufrido bastante en este pícaro mundo?

—Oiga usted, buen hombre, — llamó la madre, dirigiéndose al engalonado emisario — Decid al señor rey que sí, que mi hija acepta ir a vivir a esa casa que decís.

—Entonces podeis subir a la carroza, que yo os llevaré a ese palacio; pues tengo orden de hacerlo.

Pero me llevo a ella a toda mi familia... — insistió Rosita.

—Como queráis.

—Vaya, hijos míos; recoged la ropa — gritó la madre. Y dirigiéndose a su rechoncho marido:

—Y tú, Narciso, llévate tus almadreñas y el cesto de los mendrugos.

Y ella, sin abandonar el cofre que apretaba contra su pecho, daba órdenes a sus pequeños de que recogieran lo que pensaba podía serles de utilidad.

Los rapaces, que habían estado mirando al engalonado embobados, con la boca abierta, pusieronse al trabajo con infantil regocijo, trasladando a la carroza los cuatro miserables trastos que maldita la falta que les iban a hacer.

—Mamá, mamá, ¿y Kaid?

—Sí, también Kaid vendrá; pues no faltaba más!... es tan de la familia como tú.

—¡Ale!... ¡al coche!...

* Subió primero Rosita, luego los padres de ella, la niña, y el niño menor; y como no había más lugar en ella por el gran cúmulo de trastos inútiles que llevaban, Luisín se tuvo

que sentar en el estribo, lo que hizo muy alegre, gritando:

—¡Viva el Rey!...

Ya iba a arrancar la carroza cuando Rosita notó que faltaba alguien:

—¡Kaid — gritó.

Y apareció el can dando brincos de alegría y meneando la cola del placer que le causaba salir de aquel chomizo en el que tan sin medida le daban de coces y en tan poca medida le propinaban la comida. Saltó de un brinco a la falda de Rosita y lamíale la cara agradecido del cómodo asiento que le ofrecía.

Jamás una carroza real había llevado cargamento tan pintoresco y tan poco apropiado. Y partió la carroza.

Entre tanto, Don Diego de Alcalá continuaba en la lúgubre soledad de su encierro, con el espíritu valeroso y el corazón y el pensamiento puestos en la preciosa figurilla que le había robado el alma.

No temía morir, con tal de morir como caballero y poder abrazar a su pequeña cantante.

La primera gracia ya la había solicitado del rey; pero ¿cómo pedirle la segunda?

—Daría gustoso una y mil vidas que tuviera si pudiese salvar, con ella, la vida y la libertad de la pequeña Rosita. — pensaba. — ¿Qué será de ella?... ¡Dios mío!, haced que no le suceda ningún mal.

Y determinó hacer testamento en favor de la cantante callejera: tal era el cariño que la tenía!...

En estos pensamientos pasó toda la noche, sin sospechar remotamente que aquella misma noche Rosita la había pasado en riquísimo lecho entre finísimas sábanas de Holanda. Pero el lujo y la molicie le habían producido el mismo efecto que a él las incomodidades del encierro: la ex-cantante callejera en tan mullido lecho no había podido pegar los ojos en toda la noche: — ¿Qué hará mi Diego?...

Este era su pensamiento; mejor dicho, su obsesión.

Y su corazón latía con fuerza al pensar en el prisionero a quien amaba: era su primer amor. Seguramente hubiera sacrificado todas sus presentes comodidades por una sola mirada del conde.

Este se hallaba pensativo, acodado en su rodilla cuando de mañanita entró el carcelero, que ignoraba el paradero de Rosita:

—¿Qué ha sido de la pequeña cantante callejera? — preguntó Don Diego, antes de darle los buenos días.

—No os inquietéis, señor; ¡también a la pobre cilla la aguarda el patíbulo!

—¡Oh, rabia!... — Y quedó anonadado...

—No tiene salvación posible, dicen que insultó al rey y el que a tal se atreve...

—¡¡ Maldición!!...

—No os desesperéis, señor, no hay más remedio que aguantar y...

—Morir.

—Sí, morir.

—Pero yo no puedo morir sin ver de nuevo a esa criatura, necesito verla, necesito verla...

—Si no os la pintáis... ¿No queréis nada?

CESAREO GONZALEZ
PRESENTA

MADELEINE CARROLL
FRED MACMURRAY

en

"Locuras de MILLONARIOS."



DIRECCION:
EDWARD H. GRIFFITH

DISTRIBUCION
CHAMARTIN

MARTI Y MARI - BARCELONA

SALON CONDAL, Xifré, 14

Lunes 11, Jueves 14, Sábado 16, y Domingo
17 de Diciembre,

La divertida comedia
(exclusiva de esta Empresa)

LOCURAS DE MILLONARIOS

por MADELEINE CARROLL
y FRED MAC MURRAY

y la comedia romantica

La Florista del Palace

por JOLIN BOLES y JEAN MUIR

Garabatos Oliver Hardy
(Dibujo) y **NO-DO**

—Sí, carcelero, un favor te pido.

—Decid, que si puedo...

—No perdereis nada.

—Hablad.

—Ved a Rosita, "la cantante callejera", en su encierro y decidla que pienso en ella con toda mi alma, y que la amo de todo corazón.

—Señor conde, me pedís un imposible, Rosita está en un calabozo de la parte del mediodía y está bajo la custodia del carcelero mayor o alcaide, por orden del rey.

—¡Maldición!...

Y quedó Don Diego completamente anonadado.

—¡Paciencia, señor, paciencia y resignación!...

Salió el carcelero, cerró la puerta y púsose a contemplar al preso por la mirilla, viendo como Don Diego se arrodillaba, juntaba sus manos y elevando al cielo sus ojos, decía en alta voz:

—¡Señor, tú que eres el árbitro de la vida y de la muerte, salva a esta niña!... ¡Yo te ofrendo mi vida en holocausto para que salves la suya!

Y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

VI

Hallábase situado el palacio veraniego de la casa real fuera de la ciudad a un tiro de arcabuz de la Puerta de la Visagra, ante la que Pedro Ansures realizó su hazaña de arrancar y llevarse consigo los aldabones de la misma, a despecho de una nube de saetas y piedras que arrojaban sus defensores; y por esa puerta penetró en Toledo el ejército castellano, después de esta hazaña.

El palacio consistía en una construcción relativamente moderna de un solo cuerpo de edificio, exteriormente de factura arquitectónica modesta; pero los interiores eran de una fastuosidad y riqueza verdaderamente dignos de un magnate.

Todas las habitaciones estaban adornadas con muebles de gran precio, y un verdadero ejército de servidores de ambos sexos habían sido destinados al servicio de la abigarrada familia de Rosita.

El dormitorio de ésta, situado en la parte sur del palacio, era de una riqueza incomparable: el lecho de ébano, de estilo barroco-mudejar, estaba adornado con apliques de oro fino. Un cortinaje de finísimo

terciopelo carmesí pendía del techo del lado de la cabecera y se recogía en caprichosos pliegues sujetos a ambos lados de la pared con rosetones de oro.

A la derecha de la cama había una mesa, con piedra de mármol bordeado de apliques en oro, de estilo barroco; y sobre la mesa un candelero de plata con bujía.

Apenas amaneció llamó Rosita, tirando de un cordón de seda con el que se tocaba una campanilla de plata que daba al pasillo, y presentóse en el acto una camarera muy cuadrada que le dijo en tono muy suave:

—Señorita, ¿mandáis algo?... ¿deseáis el desayuno?

—Sí, sí, el desayuno — contestó la joven incorporándose en el lecho.

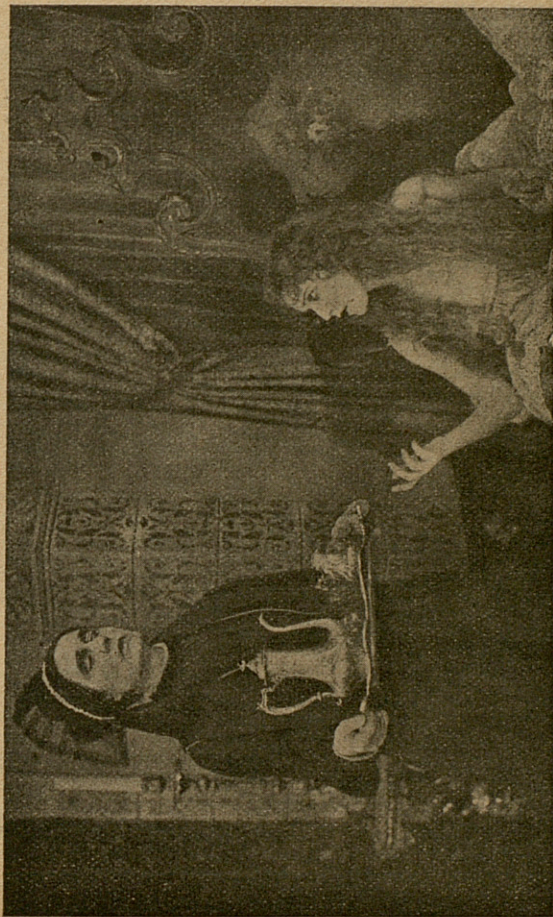
Momentos después, en servicio de plata, la camarera traía el desayuno a la ex-cantante: exquisito soconusco y leche, servidos en jicara y tazón policromados de porcelana de Sevres.

—¿Quiere la señorita que av'se al servicio para que la vistan?

—Sí, sí, que vengan a vestirme.

Parecía que aquella niña, nacida en la pobreza y viviendo en la indigencia, hubiese pasado su vida en el ocio y la molición, rodeada de camareras que cuidasen de ella como de un objeto de lujo: tal era la naturalidad con que aceptaba los servicios que le brindaba la servidumbre.

Las dos camareras vistieron a Rosita, no



More 23 d'après, en service de plat.

sin antes bañarla en agua tibia perfumada con ricas esencias.

Después de vestirse pasó Rosita a ver a sus padres y hermanitos.

Halló a su madre arremangada lavando, en una preciosa palangana de porcelana de China, las agujereadas enaguas de Enriquita, cantando una petenera gitana.

—Pero, ¡madre! ¿creéis que estáis en el Tajo? — preguntó su hija.

—¡Ay! ¡bendita hija mía de mi alma!, gracias a tu carita de cielo no necesito ir al río para limpiar la m... arranería de tus cochinos hermanitos que me tienen requetepudrida la sangre.

—Pero, madre, no tenéis que lavar la ropa porque aquí sobran criadas y servidores para todos esos menesteres.

—Hubiérasme lo dicho antes y me hubiese ahorrado el trabajo de lavar todo eso.

Y señaló una cuerda que había atado desde la cabecera de la cama al clavo que sostenía un hermoso cuadro, y en la que había extendido calcetines, calzones, moqueros, enaguas y otros trapos, todo en un estado deplorabilísimo, que goteaban sobre el encerado pavimento, poniéndolo hecho un asco.

Por otra parte los niños se entretenían jugando con los preciosos bibelots que adornaban la cómoda, y subían de pie sobre los lujosos muebles. Uno de los camareros al notar como los niños echaban a perder aquellos objetos, dió a Luisín, el mayor, un par de sopapos, reconviniéndole.

La servidumbre murmuraba de la extraña generosidad del rey con aquella mísera familia que había hecho de su magnífico palacio un rancho de gitanos. En un pasillo, cercano al dormitorio de Rosita, murmuraban en un grupo varias criadas:

—Es insoportable estar obligada a servir a una vagabunda de la más baja condición.

—¡Eso que tengamos que ponernos de rodillas delante de una mendiga!...

—Yo no aguanto las impertinencias de esta mocosa...

—Sus padres han puesto su dormitorio hecho una pocilga.

—Si la reina lo supiera...

—Y lo peor es la insolencia de los viejos; se creen más dueños que el rey.

Entretanto en el dormitorio de los padres de la "cantante callejera" conversan estos con su hija:

La hija, sentándose encima de la mesa:

—Yo no puedo soportar por más tiempo el orgullo y la insolencia de esos tíos de la librea; me cargan con tantos arrumacos y saludos.

La madre, retorciendo las enaguas de Enriquita, recién lavadas:

—¡Hija mía!, aguanta un poco... Yo estoy segura de traerlos a la razón.

El padre, vistiéndose al revés un casacón que le han traído en substitución de sus ropas raídas:

—¡Poco te deben importar esos arruma-

cos y saludos mientras nos den de comer y nos dejen vivir aquí tan ricamente!

Entretanto en el despacho de la regia residencia de Toledo el primer ministro está despachando con el monarca: éste se halla sentado leyendo un apergaminado documento y el primer ministro de pie, a su lado:

—¿Tu crees que Don Diego ama a esta chiquilla?

—Majestad, estoy convencido de ello.

—¿Cómo coliges?...

—Porque el mismo conde de Vallealto lo ha confesado al carcelero.

—Entonces es preciso que se cumpla la sentencia.

—Pero podéis concederle la gracia que os pide en este documento.

—No tengo inconveniente en ello; lo principal para mí es separarlo de esta niña de quien me he enamorado perdidamente; y la separación más segura es la muerte. Quiere morir en caballero, bien está; para mí es lo mismo.

Y el rey firmó el decreto ordenando que Don Diego de Alcalá, conde de Vallealto, fuese pasado por las armas en vez de ahorcado, en gracia a sus títulos nobiliarios.

Apenas el rey había firmado este documento presentóse un ordenanza palatino anunciando al rey que la madre de Rosita deseaba hablarle.

—Que entre inmediatamente — ordenó el monarca.

Salió el ordenanza y al instante introdujo a la mujer que vestía de señora y llevaba puesta una preciosa mantilla de encajes, contrastando el rico vestido con la cara y porte, rústicos en extremo.

—¿Que queréis, buena mujer?

—Yo soy la madre de Rosita a quien tanto distinguís.

—Ya, ya. ¿Y bien?

—Que las cosas no pueden continuar así.

—¿Cómo?

—Así, de este modo.

—Explicaos...

—Pues... allá voy — dijo, recogiendo la mantilla con aire muy poco palaciego.

—Ya os oigo — añadió el monarca sonriente, dirigiendo una mirada significativa a su ministro y acodándose sobre la mesa, apoyando su cabeza en la mano derecha.

Tosió la vieja y poniéndose en jarras y meneando la cabeza, prosiguió:

—No, señor rey, no puede continuar así; todos hacen a mi Rosita una cara seria y de vinagre; todos como este tipo — y señaló al ministro.

Este abrió desmesuradamente los ojos y estuvo a punto de soltar una palabra mal sonante a la mujer; pero optó por echarse a reir imitando al rey que se desató en una sonora carcajada.

—Bueno, ¿y qué queréis que haga yo?

—Pues muy sencillo; nadie la respeta porque todos saben que es una pobre cantante; mas hacedla gran duquesa y entonces todos éstos la respetarán y le harán re-

reverencias. Dadme un título para mi hija y todo está arreglado.

—¿...?

—Si no lo hacéis, sepa Vuestra Majestad que mi hija se marcha inmediatamente.

—Esperad un momento, buena mujer.

El rey se puso a conversar con su ministro y entre tanto la madre de Rosita se paseaba por el salón.

Mientras platicaban ambos personajes, la vieja se enamoró de un precioso cofrecito de oro cincelado que había en una rinconera y que disimuladamente se escondió bajo la mantilla.

—¿No os parece, Majestad, que es el único medio de encumbrarla?

—Me parece buena idea.

—La casais con el conde antes del fusilamiento y sin que logren conocerse...

—Ordenad que los casen con los ojos vendados; porque si ella le ama ignore quien es su esposo.

—Luego de muerto el conde se le hace conocer la verdad y...

—No será tan denigrante para mí prenderme de una condesa.

—Perfectamente.

—Oid buena mujer — dijo el rey llamando a la madre de Rosita — tened un poco de paciencia; vuestra hija será condesa, por lo menos.

—Muchas gracias, señor rey.

—Decid a vuestra hija que necesito verla.

Y salió presurosa y alegre la madre de Rosita llevándose la seguridad de un título

para su hija y... un cofre de oro debajo el brazo.

—Comunicad al reo que accedo a su demanda con la condición de casarse el mismo día de su ejecución, con una joven desconocida.

—Voy en el acto.

Y el primer ministro dirigióse al castillo de San Servando.

... ..

—Y ¿decís que me tengo que casar yéndome a la eternidad ignorando el nombre de mi esposa?... No comprendo el alcance de esta crueldad...

—El rey así lo quiere.

—No porque lo quiera el rey es muy racional su determinación.

—¿Señor Conde!...

—¿Cómo queréis que responda afirmativamente cuando el ministro sagrado me pregunte si quiero a la que va a ser mi mujer?...

—Las órdenes del monarca no se discuten.

—Pero se rechazan cuando son contra razón.

—Si no aceptais su mandato seréis ahorcado vilmente como un criminal.

—Pues bien — dijo enérgicamente Don Diego al ministro, emisario del soberano, después de pensar unos instantes — como veo que contra fuerza no hay razones, decid al monarca que accedo a casarme con tal de que se me fusile.

—Bien está. Mañana a primera hora será

la ceremonia en la Catedral, sin más testigos que un capitán y el piquete de soldados que han de fusilarlos. Podéis arreglar vuestros asuntos con Dios.

—Os pido que me mandéis un sacerdote y me permitais ver a la cantante callejera por quien sufro este encierro.

—Así lo manifestaré al rey.

Salió el ministro dejando a Don Diego consternado con el pensamiento fijo en su amante y con los ojos humedecidos por gruesos lagrimones que surcaban sus mejillas.

VII

Amaneció aquel miércoles de ceniza despertado por el tétrico tañir de las campanas de la catedral que llamaban a los toledanos a la ceremonia de la imposición de las "cenizas", para recordarles aquellas santas palabras de los divinos libros:

"Memento, hommo, quia pulvis est et in pulveris reverteris", "acuérdate, oh, hombre, que polvo eres y en polvo te has de volver".

El ambiente de la ciudad, silenciosa y tranquila, contrastaba con el de los días anteriores en que todo era ruido, disipación y orgía.

Nunca las campanas, a cuyo tañido despertó Don Diego, habían repercutido en su alma con sonidos tan fúnebres. Parecióle que aquellas lenguas de acero entonaban un canto funeral.

"Memento hommo..."

—Sí, pronto, muy pronto — pensaba — seré polvo, ceniza, nada.

Y su espíritu se sobrecogía de pavor.

Miró al cielo por el estrecho ventano, y hallólo plomizo, casi obscuro, triste, como su alma.

—Pronto vendrán a buscarme.

Y esperó; mas no mucho tiempo.

Abrióse el encierro y un ministro del Señor penetró en el obscuro calabozo. Sentóse a su lado y derramó sobre aquella alma abatida por el dolor el bálsamo santo de los consuelos de la religión.

Y lloró Don Diego, y aquellas lágrimas que quemaban su rostro aliviaron su espíritu reconfortado por la conformidad a su suerte adversa.

—Padre, pido como última gracia, que se me permita abrazar a mi amada Rosita.

—Ofreced este sacrificio por la salvación de vuestra alma.

—Este sacrificio de no ver a mi amada antes de morir, es mayor, inmensamente mayor que el que hago de morir.

—¡Calmaos, Don Diego!...

—¿Y con quién me van a casar?

—Lo ignoro; es el secreto del rey...

—¡Maldito!...

Y Don Diego se tapó la boca con su diestra diciendo:

—¡Que Dios me perdone!...

—¡Y perdone a vuestros enemigos! — dijo el clérigo levantándose.

En aquel instante el capitán del piquete que debía conducir a Don Diego a la catedral se presentó en el calabozo, diciendo:

—¡Cuando queráis, conde!...

—¿A la muerte?...

—No, a la catedral. Van a casaros.

—Pues vamos allá.

—Es orden de Su Majestad que vuestro rostro permanezca oculto durante la ceremonia. Si me lo permitís os vendaré los ojos.

—Vos mismo.

Y el capitán vendó los ojos del prisionero a quien acompañó y guió hasta la catedral, en donde aguardaba la novia, también con una venda en los ojos: iba acompañada del primer ministro.

Al entrar en el recinto santo se oyó el suave murmullo del órgano que acompañaba una antífona cantado por las atipladas voces de los seises de la catedral: el conde se estremeció.

En el altar mayor, el arzobispo, vestíase de pontifical disponiéndose a officiar en la ceremonia.

Llegó el conde, guiado por el capitán, hasta las primeras gradas del altar mayor; colocándolo a la izquierda de Rosita que estaba de pie impasible como una estatua con la vista tapada.

Vestía la novia un hermosísimo traje blanco de charmeuse con cola, adornado con bonitos apliques bordados; llevaba finísima mantilla de Flandes, prendida a estilo andaluz, que le cubría la rica peineta de marfil cuajada de piedras preciosas; y adornaba su ebúrneo cuello con un múltiple collar de valiosas perlas.

Calló el órgano; volvióse el prelado de cara a los novios y empezó la ceremonia.

—Vos, Don... — y engullóse el nombre,

contraviniendo a las leyes canónicas por obedecer al mandato del rey — ¿queréis por esposa a... la mujer con quien os vais a unir?

— ¡Su nombre! — exclamó Don Diego con entereza.

Estas dos únicas palabras pronunciadas por el conde resonaron en el corazón de Rosita como un eco del cielo: había reconocido la voz de Don Diego.

— Sí, Padre — dijo ella con voz meliflua que hizo estremecer a Don Diego al reconocerla, a su vez.

— Sí, Padre — repitió el conde con entereza.

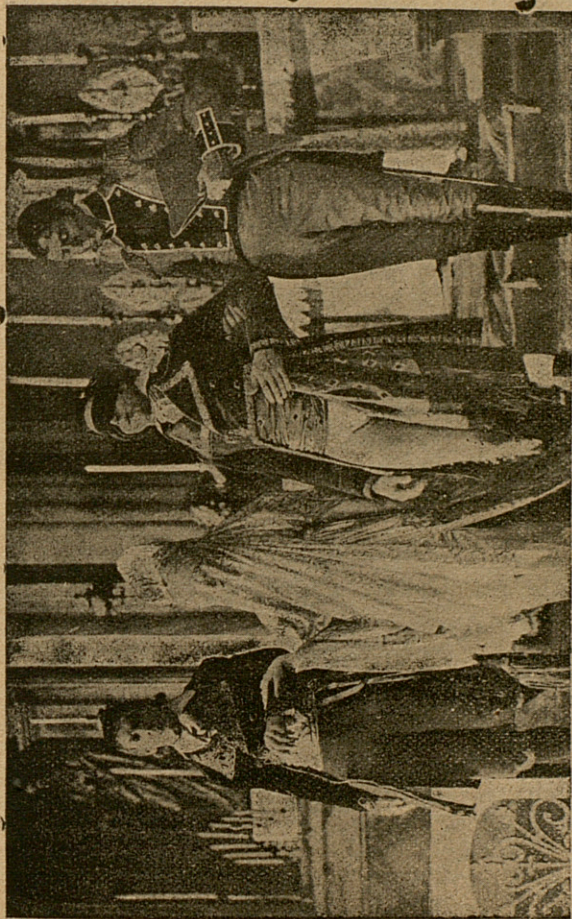
Y se acercaron los dos novios y se apretaron las manos conmoviéndose con el contacto todo su ser.

— Y vos, señora — preguntó el prelado, — ¿queréis por esposo al caballero con quien os vais a unir?

— Sí, sí, lo quiero con toda mi alma — contestó Rosita olvidándose del lugar en que hacía aquella profana confesión.

Y el lienzo que tapaba la vista del conde se humedeció, y del corazón de Rosita salió un suspiro profundo que emocionó a los concurrentes.

Juntaron las manos los novios mientras el arzobispo bendecía aquella unión, y oyéronse las angelicales voces de los seises acompañadas por el órgano que llenaba el sagrado recinto de suaves armonías, y... dió fin la ceremonia; mas los novios tenían aún las manos unidas apretadamente, les



¡Unión... en la muerte!

parecía que aquella unión debía ser eterna. Fueron separados por el primer ministro que cogió del brazo a Rosita, y por el capitán que se llevó a Don Diego que exclamó al separarse de su esposa:

—¡Unidos... en la muerte!...

Llegaba la comitiva al atrio cuando se volvió Rosita al ministro que la acompañaba y con acento desgarrador le pidió:

—¡Por favor!... dejadme dirigir una mirada, una sola mirada al hombre con quien me acabo de casar: es mi marido.

Esta petición formulada en aquellas circunstancias por una joven inocente ablandó el corazón del primer ministro, quien, contraviniendo a las órdenes del rey, ordenó que se desvendase a los recién casados.

Viéronse y, sin pronunciar una sola palabra, se abrazaron fuertemente llorando ambos con una emoción imposible de describir: eterno hubiese sido el abrazo si no los hubiesen separado a viva fuerza.

—¡El destino sarcástico y cruel! — dijo Don Diego sollozando — nos ha juntado un instante para luego separarnos eternamente!

—Conducidme a la presencia del rey... Enseguida... ¡vamos! — gritó Rosita llorando a lágrima viva.

Y volviéndose a Don Diego exclamó enérgicamente:

—¡Esposo mío, no morirás! ¡Y si no, yo contigo!

Y fuéronse los que conducían a Rosita a



—¡Esposo mío, no morirás!

palacio, en regia carroza; los que se llevaban al conde, al castillo de San Servando, a pie.

... ..

Sin preocuparse lo más mínimo de la suerte del degraciado conde distrae el rey su aburrimiento jugando a los naipes con su augusta esposa cuando llegó su primer ministro para darle cuenta de cuanto había sucedido.

—Si me lo permitís, señora — dijo el soberano echando las cartas sobre la mesa — iré a despachar con el ministro.

—Muy bien, con vuestra venia me retiro — dijo la reina levantándose y saludando.

Hizo ver que salía y se escondió tras unos tapices desde donde podía oír sin ser vista.

Ya solos el rey y su ministro, éste explicó al rey la ceremonia con todos sus detalles.

—¿No se han reconocido? — preguntó el monarca.

—Se reconocieron por la voz. La pequeña cantante me pidió como gracia especial poder ver a su esposo, y accedí a su ruego.

—No tiene importancia; mañana ya no lo podrá ver más y... será mía. Si se resiste obraré con dureza.

—Ha solicitado hablaros y espera en el salón de los retratos.

—Voy a verla — dijo el rey levantándose, y se fué al encuentro de Rosita.

Al entrar el soberano en el salón de los retratos vió a Rasita de pie, muy seria, iba

vestida como la hemos visto en la catedral; la mantilla realzaba aun su hermosura.

—¡Condesa! — exclamó el monarca saludándola desde la puerta.

—¡Majestad! — murmuró ella con voz muy débil, que aun guardaba algo de la emoción de los momentos anteriores.

—Ven, siéntate aquí.

Y le indicó un sofá en el que se sentaron ambos.

—¿Dicen que quieres hablarme?

—Señor... perdonad si mi emoción no me permite expresaros bien lo que desco deiros...

—Habla; pero con tranquilidad — dijo el rey cogiéndole ambas manos.

—Señor. un conde ha sido condenado a muerte por mi culpa, por defenderme.

—Por matar a un hombre.

—Aunque así sea; no quiero recordaros las circunstancias de ese hecho del que fui testigo.

—Habla.

—Don Diego, en efecto, mató a un hombre, no quiero defenderlo; aunque las circunstancias pueden disculparlo mucho: y vos, para corregir, para borrar esta falta vais a matar a otro; siendo así que solo Dios puede disponer de la vida de los hombres...

—Oye, ¿sabes que hablas muy bien?... ¿quién te ha enseñado estas cosas?... Seguramente no las has aprendido yendo con tu guitarra por esos mundos de Dios.

—Me las enseña mi corazón; basta tener sentimiento para pensar así.

—Veo que eres buena; es una condición más apreciable que el ser hermosa.

—Señor, no me aduléis.

—Y añades la de ser discreta, que es la condición más rara en la mujer, y sobre todo en la de tu condición.

—Salvadle, Señor, salvadle. El levantó su espada para defenderme.

—La ley es dura; pero es un deber respetarla y cumplirla.

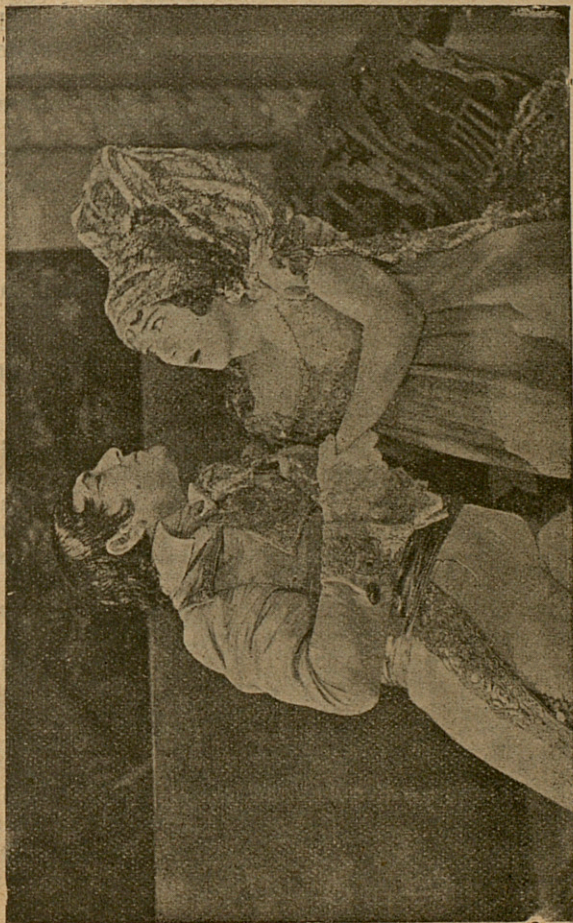
—Piedad para Don Diego. ¡Piedad para mi esposo! Os lo pide de rodillas la "pequeña cantante".

Cayó de hinojos con los ojos arrasados en lágrimas y las manos levantadas en alto en ademán suplicante.

—Levanta, tontuela, levanta — le dijo el rey sonriendo y ayudando a levantarla, — ¿no ves que pides un imposible? Ahora te dejas llevar por el sentimentalismo; dentro de algunos días estarás calmada y me agradecerás que haya hecho desaparecer a ese hombre que te quita la tranquilidad... Serás la favorita del rey y no has de echar de menos su amor ni sus riquezas; pues has de tener el amor y los tesoros del rey.

Y quiso cogerla por el talle; mas ella desasiéndose, contestóle en un tono violentísimo:

—Vuestro amor lo desprecio, sois un ser repugnante; en cuanto a vuestras riquezas... ¡Ahí las tenéis! No quiero nada que os recuerde.



Y quiso cogerla por el talle.

Y Rosita retrocediendo unos pasos cogió el collar de perlas que adornaba su cuello arrojólo con violencia y desprecio a los pies del rey.

—Vamos, vamos, sosiégate, ten calma; veo que tus nervios te dominan.

—Si Don Diego ha de morir quiero morir a su lado, y para ello os abofetearé, si es preciso, delante de toda la Corte.

—No te sulfures, ven aquí.

—¡No!

—¡Bien!, ¿quieres que le perdone la vida?

—Eso o morir con él.

—Bueno, su vida será respetada.

—¿De veras, Señor? — dijo Rosita acercándosele.

—Mira — prosiguió el rey cogiendo fuertemente a la joven por el talle y llevándola hacia donde estaba situada su mesa escritorio — para no contravenir a las fórmulas legales ordenaré un simulacro de ejecución.

—¿Veis como os es fácil queriendo hacerlo?

—Los fusiles de los soldados irán cargados solo con pólvora...

Para que veas cuanto te quiero y que por tu amor paso por encima de la ley, voy a extender el decreto de este simulacro.

Y el Monarca escribió de su puño y letra el siguiente decreto delante de Rosita:

"Ordenamos que en cumplimiento de la Sentencia condenando a muerte a Don Diego de Alcalá, conde de Vallealto, los fusiles de los soldados sean cargados sólo con pólvora".



Y el monarca escribió de su puño...

Dado en mi Palacio del Alcázar de Toledo en... etc.

Yo, el rey

—Mira, lee.

—Señor, no sé leer — dijo Rosita con tristeza.

—Ya te lo leeré yo. — Y el rey se lo leyó con gran contentamiento de ella que brincaba de alegría.

—Ahora, Señor, completad la buena obra. Como él ignorará que sólo pólvora contengan los fusiles, cuando los soldados dispares morirá del susto; pues la circulación de la sangre se le parará y producirá el mismo efecto que si estuviesen cargados con bala.

—Bien observado.

—Para evitar esa desgracia firmad otro decretito con esa letra tan bonita que teneis para que me permitan ir esta noche a cenar con mi esposo a su encierro; como yo lo veré a solas le anunciaré esta agradable nueva y le diré que se haga el muerto. ¡Ah! Y en ese decretito podéis añadir que el cadáver lo lleven a mi casa. ¿Qusreis, precioso rey? — e hizo una caricia en las mejillas del monarca con gracia tal que le supo a gloria, y le hubiese hecho firmar con tales arrumacos su propia sentencia de muerte.

—Bueno, ¿quieres un salvoconducto?

—Eso será.

Y poniéndole la pluma en la mano añadió:

—Andad presto no se os acaben los buenos sentimientos.

—¡Picarona! ya sabes tu darme cuerda para que no se me terminen.

Y escribió el rey:

“Damos nuestro permiso a la condesa de Vallealto para que cene sola con su esposo en su encierro del castillo de San Servando.

”Dado en mi Palacio del Alcázar de Toledo, etc., etc.

”Yo, el rey.

Entregando este pergamino a Rosita, le dijo:

—Tomad, para que veais cuanto os quiere el rey.

—Pues para que vea el rey cuanto es mi agradecimiento, ¡tomad!

Y estampó en su mejilla un sonoro beso, apartándose luego de su lado, para evitar que el rey se lo devolviera.

Cuando estalló el beso, como un eco del mismo, oyeron ambos un grito de mujer que exclamaba:

—¡Oh!!!...

Era la reina que había asistido a toda la escena anterior, desde un intercolumnio del terradillo a donde daba un gran ventanal del salón de los retablos; y gracias a un espejito de bolsillo pudo la reina asistir a toda la escena descrita, y merced al ventanal abierto oír toda la conversación, escapándosele del pecho la exclamación involuntaria que percibieron el rey y Rosita cuando vio y oyó el beso de ésta al rey.

Salió Rosita del salón mucho más alegre que a la llegada, y quedóse el rey pensativo y triste. Acababa de hacer una tonte-

ría: aquella mujer que no le amaba porque era del conde, había obtenido con una caricia, el perdón de éste, con lo cual él perdía la posesión de aquella preciosa criatura a quien quería poseer.

—¡Qué ironía de la suerte, yo hacerla casar con su amante ¡imposible!... ha de ser fusilado sin piedad.

Y se puso a escribir en un pergamino encabezado con escudo y cifras reales:

"Nos, libramos a Rosita, condesa de Valcalto, una orden por la cual el fusilamiento de su marido Don Diego de Alcalá, quedaba reducido a un simulacro de ejecución. Esta orden, sin embargo, habrá de considerarse anulada, debiendo tener efecto la ejecución mañana a la primera hora.

"Yo, el rey".

Acabado de firmar este decreto llegó la reina solicitando del rey continuar el juego de naipes que habían dejado suspendido, a lo que accedió el monarca. Jugaron y como el rey perdiera la reina le dijo en tono algo socarrón:

—¡Desgraciado en el juego... afortunado en el amor!

Mientras jugaban llegó el secretario del despacho a quien dijo el rey:

—Sobre mi mesa escritorio del salón de los retratos tenéis algunos decretos a los que daréis curso.

—¿Urgentes?

—El que más urge es el que hay que entregar al capitán encargado de ajusticiar a Don Diego de Valcalto.

—¿Manda más Su Majestad?

—Podéis retiraros.

Saludó el secretario y dejó a los reyes entretenidos con sus naipes.

VIII

Es de noche. Las estrechas calles de Toledo mal iluminadas por los faroles de aceite que pendían de algunas esquinas daban a la parte baja de la ciudad, donde estaba el castillo de San Servando el aspecto de cementerio.

Los contados trasnochadores que, embosados en sus capas guardándose del frío de aquella noche de febrero, transitaban a aquellas horas, vieron pararse en la puerta del castillo una carroza que parecía de casa principal. Al abrir el lacayo la portezuela vióse descender del vehículo a una dama joven, vestida de negro y ostentando la graciosa mantilla española.

Habló con el centinela quien la permitió pasar, después de leer, a la luz de un candilón que iluminaba la entrada, un sendo pergamino que la dama le entregara y que le devolvó, después de enterarse de su contenido.

Detrás de la dama pasó también el lacayo llevando un gran cesto de mimbres.

Retumbaban con ecos de catacumba los pasos de las tres personas que caminaban en silencio por aquellos estrechos y above-



-Me pidió como gracia especial ver a su esposo..

dados pasillos apenas iluminados por el farol que llevaba el carcelero. Eran los personajes: el nombrado carcelero, que iba delante; Rosita, condesa de Vallealto, y un lacayo llevando un cesto.

Llegaron, por fin, delante de una puerta forrada de hierro, ribeteada de gruesos clavos de cabeza romboidal. Mientras el carcelero buscaba en el manojó de llaves la que correspondía a aquella puerta, Rosita, impaciente, no pudo contenerse y gritó acercando su boca a la mirilla de la puerta:

—Diego, Diego, soy tu Rosita, nada temas.

Y se oyó como un eco salido de una tumba:

—¡Rosita! ¡Rosita!...

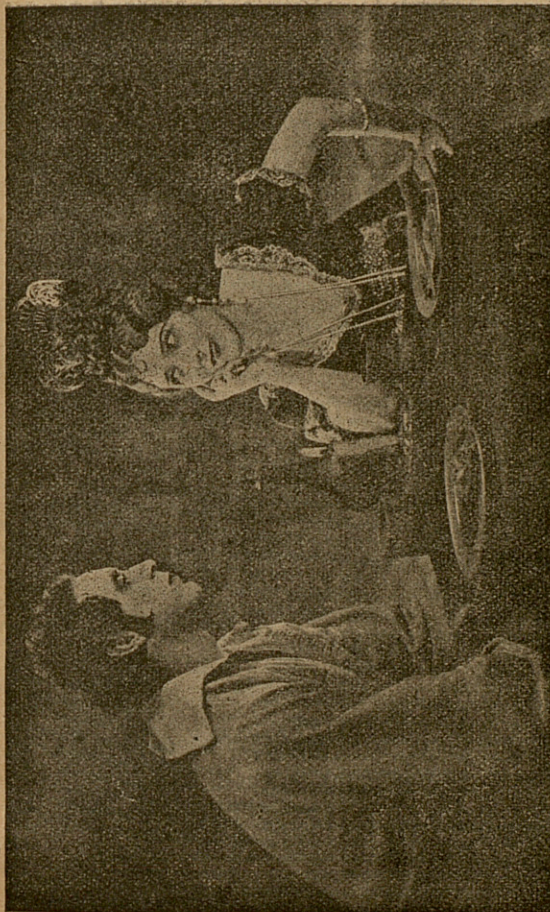
Y se abrió la puerta, y le faltó tiempo a la condesa para arrojarle en brazos de su esposo, quedando entrelazados largo tiempo sin pronunciar una sola palabra y con los ojos en lágrimas de emoción.

Entretanto el carcelero encendió una vela, que colocó en un velón encima de la mesa. Rosita puso su mantilla sobre la mesa, a guisa de mantel y el lacayo sacó del cesto los manjares que para la cena traía preparados. Salieron carcelero y lacayo dejando solos a los recién casados.

Pasada la primera emoción rompió el silencio la condesa:

—Esposo mío, te he salvado la vida: no morirás.

—¿Sueño o es que ya estoy en la gloria?



—No sueñas, no, amado mío. Ya te lo contaré todo.

—¡Esposa amada!... ¡cuánto te quiero!

Y volvieron a abrazarse. Al volverse Don Diego y ver la mesa puesta con exquisitos manjares y vinos generosos, exclamó:

—¿Qué es esto?

—¡El banquete de nuestra boda!

—¡Qué modesto y a la vez que solemne resultará nuestro banquete de boda!

—Vaya, sentémonos.

Y Rosita con gran cariño, sirvió a su esposo el primer plato que consistía en fiambres de paté de fo e-gras...

—Ante todo, Rosita, quiero confesarte una duda que he tenido.

—Confíesate.

—Cuando te vi esta mañana vestida con tanto lujo; pensé mal de ti.

—Vamos a ver, explícate.

—Pensé que el rey se había prendado de ti y que era él quien te había regalado esos vestidos.

—Pues lo has acertado.

—Y que te hacía casar conmigo antes de mi muerte para elevarte a la categoría de condesa...

—También eso es verdad.

—Y poderte poseer después de mi muerte...

—No, eso ya no es verdad; es decir, sí, eso quería él, pero... ¡que se suene!, porque yo sólo seré tuya, de mi Dieguín a quien tanto quiero y por quien daría hasta la última gota de mi sangre.

—¡Rosita mía!...

—Sí, sólo tuya hasta la muerte.

—¿Con que el rey te quería engañar?... ¡Miserable!...

—No temas nada que nadie me separará de tu lado.

—Y dime, ¿cómo has obtenido mi perdón?

—Fuí yo misma al rey y... ni sé lo que le dije. Mi amor tomó la palabra, y... mira si fué elocuente que el rey ha firmado este decreto que debo entregar al capitán encargado de fusilarte.

Sacó del pecho un pergamino y lo desplegó delante de Don Diego que lo leyó con avidez.

—Gracias esposa mía — y le dió un beso.

—Anda come, tontín, que así te pasarán las emociones.

—Te aseguro que he perdido el apetito; no quiero nada más.

—Con que ya lo sabes; tu, al oír los disparos, caerás al suelo como muerto...

—Así lo haré.

—Y aunque yo me eche sobre ti llorando y vociferando, y llamándote, tu...

—No me moveré, pierde cuidado.

—Y cuando te pongan en las parihuelas o angarillas, quieto.

—Como un muerto; pero oye, Rosita, que no me lleven al camposanto, sino echo a correr.

—Te llevarán a mi palacio.

—¿También te ha dado un palacio el rey?

—Su palacio de verano lo ha puesto a mi disposición.

—Mucho cuidado con esa generosidad del rey; porque si él te da es con la esperanza de recibir.

—No temas nada.

—Destapemos este botellón de Jerez...

—Rosita, alcemos la copa por nuestro amor presente y por nuestra felicidad futura.

—¡Diego, por tu libertad!

Y alzaron los copas bebiendo el uno en la del otro. Luego se unieron en un abrazo, interminable, inconsciente: abrazo más que de dos cuerpos, de dos almas que se fusionan en una como se funden y unen dos pedazos de cera al calor del fuego...

... ..
Cuando, al cabo de un buen rato abrió el carcelero, ella estaba pálida sosteniendo la cabeza de Don Diego desmayado a sus plantas.

Se levantaron y despidieron con un beso, no sin que antes le recordase la condesa:

—No lo olvides, fígete bien el muerto.

—¡Adiós, esposa mía!

—Adiós, mi Diego, hasta mañana!

Antes de salir de la cárcel preguntó por el capitán de guardia que al día siguiente tenía que mandar el piquete en el acto de la ejecución, y le entregó el decreto del rey ordenando el simulacro de fusilamiento.

—Leedlo bien, capitán, es de mucho interés.

Y el capitán acercándose a un farolón



¡Adiós, mi Diego!

que cerca de la puerta había, leyó el documento contestando:

—Bien está, señora condesa, se cumplirá conforme ordena Su Majestad.

—No os equivoqueis.

—Perded cuidado.

—Gracias.

Rosita subió a su calesa que la condujo a su palacio.

Aquella noche durmió tranquilo Don Diego soñando en la felicidad que le esperaba al día siguiente, obteniendo la libertad que le pondría en brazos de Rosita de quien ya había gustado las caricias.

Rosita durmió muy poco: tuvo casi toda la noche el pensamiento y el corazón cerca de su esposo a quien amaba ahora más que antes; y esperaba con impaciencia la hora del alba para poder ir a juntarse con él antes del simulacro del fusilamiento.

Antes de amanecer sin llamar a sus doncellas vistióse de riguroso luto, cubrióse con negra mantilla y salió del palacio dirigiéndose por su pie al castillo de S. Servando, cuyo camino conocía sobradamente: que nadie en Toledo conocía las calles como la cantante callejera.

Llegó a la prisión bastante antes de la salida del sol, y al atravesar el patio o pasadizo interior vió formado ya el piquete que debía simular el fusilamiento de su esposo.

Apresuró el paso, llegó al calabozo que encontró abierto y vió a su esposo mania-

tado arrodillado a los pies de un sacerdote que le daba la bendición.

Al verla, élla dijo, cayendo en sus brazos:

—Rosita, ¿puedo confiar en lo que me dijiste ayer noche?

—Puedes tener la seguridad completa de que... — y no prosiguió por no enterar a los presentes de algo que debían ignorar — ¿comprendes?

—Rosita, tengo miedo de que el rey se haya arrepentido de su buena acción...

—Vete confiado, pensando en mí.

—Confío en Dios y en mi buena esposa.

—Ya lo sabes — le dijo ella al oído, tan bajito que ninguno de los presentes pudo oírlo — al disparar hazte bien el muerto; y aunque yo vocifere piensa que lo hago para despistar.

—Oye, Rosita mía, sobre todo que no me metan en el ataúd.

—Está tranquilo, en unas parihuelas te llevarán a mi casa; es la orden del rey.

—Mucho confías tu en la palabra del rey.

—¿Crees que puede engañarme?

—No, quien te engañaría sería tu corazón, tan bueno, que no admite la falsía tan frecuente en estas esferas.

—¡Por Dios, Diego mío, no me atemorices!

—Te lo digo para que no te sobrecoja todo lo que pueda suceder.

—¡Vaya! Desecha esos pueriles temores y déjate chamuscar valientemente.

—Por si acaso, ¡adiós, Rosita, esposa que-

ridal... Si yo muero, sabe que en poder del notario de la ciudad dejo el testamento otorgado con fecha de ayer, por el que te dejo universal y única heredera de todos mis bienes.

—¿Quieres callar? ¡Vete tranquilo!; yo te aseguro que nada te ha de pasar.

—Tus palabras son bálsamo consolador que reconforta mi alma y tranquiliza mi espíritu. ¡Qué buena eres!

—¡Diego adorado!

—¡Esposa ideal!...

Volviéronse a unir en estrecho y apretado abrazo. En esta actitud los halló el capitán cuando entró a decir:

—Señor conde, cuando queráis.

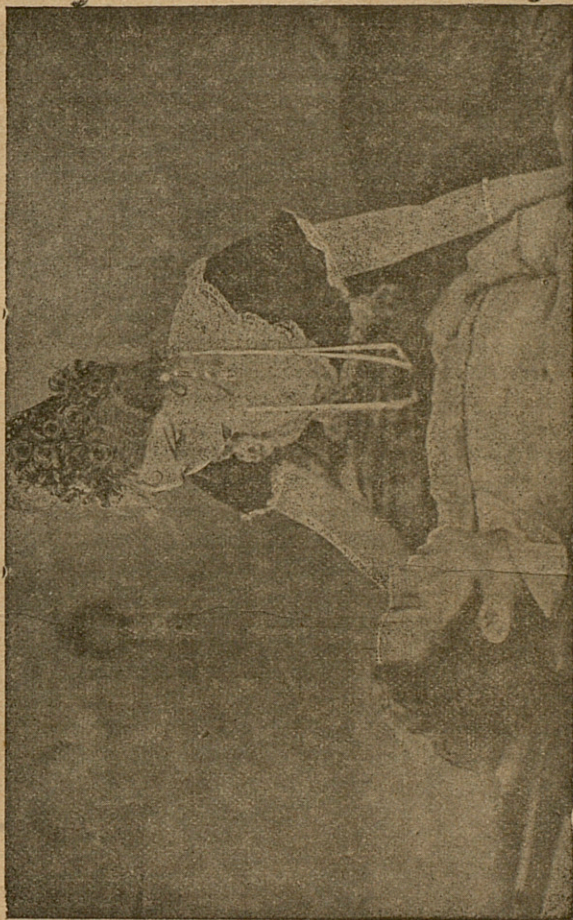
—¡Adiós, Rosita!...

—¡Adiós, Diego, ¡ánimo!...

Salió Don Diego con paso firme acompañado del capitán. Rosita quedó en el calabozo muy tranquila, casi sonriente, pensando en la farsa que se iba a representar. Esperaba oír los fogonazos para salir a representar el papel de viuda que llora a su esposo a quien han ajusticiado, y aguardaba tan tranquila como la actriz que espera entre bastidores, ser llamada a escena para representar un papel trágico.

A los pocos segundos de salir Don Diego del calabozo entró en él el primer ministro.

—Mi querida condesa — le dijo por todo saludo el ministro al verla tan sonriente — el momento no es el más oportuno para estar tan alegre como parecéis...



Su esposo rígido yacía...

—¿Queréis decir que debo disimular? Las mujeres rudas como yo no sabemos fingir. El disimulo cuadra mejor en las cortesanas.

—Pero van a fusilar a vuestro esposo...

—Ja, ja, ja... ¿No sabéis?

—Sí; sé que el rey os entregó un decreto ordenando se fusilara a Don Diego sólo con pólvora.

—Eso es.

—Pero es conveniente que sepais que posteriormente, arrepentido el rey, ha revocado con otro decreto el que os había dado, y ha dispuesto la ejecución real y efectiva de Don Diego.

—¡Miserable!... ¡Falso!... ¡Asesino!...

—¡Señora!...

—¡Dejadme que vaya a morir con él!...

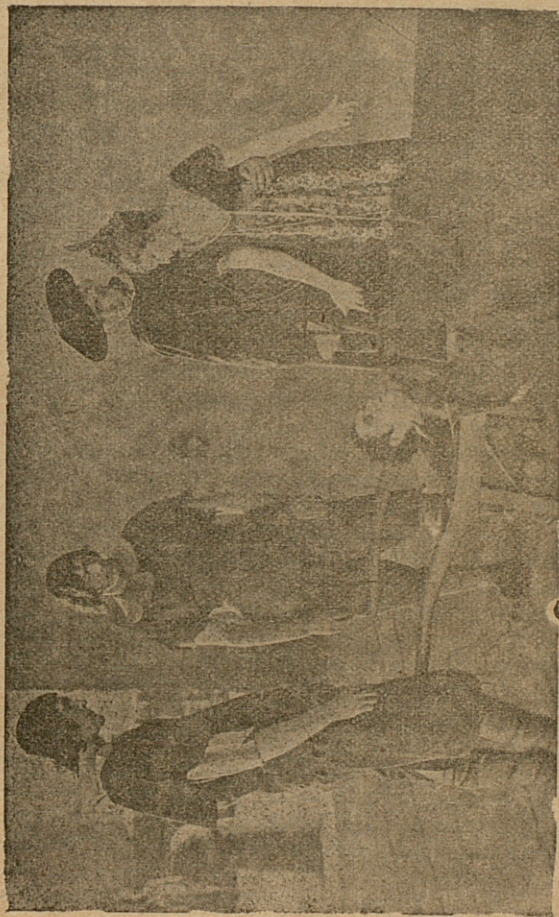
¡¡Oh!!!...

Y una detonación producida por una descarga cerrada selló los labios de aquella mujer que quedó inmóvil como una estatua, con la mano diestra en la cabeza y la siniestra en el corazón, pálida como la cera, con los ojos tan desmesuradamente abiertos que parecían quererle salir de sus órbitas.

Transcurridos brevísimos instantes echó a correr como una loca hacia el patio donde había tenido lugar la ejecución.

Su esposo, rígido, yacía sobre las parihuelas tapado con un sudario negro que sólo dejaba al descubierto la cara lívida.

A su lado había un sacerdote que rezaba unas preces y los dos desgreñados mozos



—Le alto a mi marido el...

que enterradores parecían, conductores de las parihuelas.

—¡Diego!... ¡Mi Diego!... — gritó desahogada la joven, echándose sobre el cuerpo de su esposo...

Y sus lágrimas regaron la faz del conde.

—¡Tu corazón no te engañaba!... ¡Rey asesino!... ¡maldito seas!...

El sacerdote cogióla temiendo que el dolor la trastornara la cabeza y quiso consolarla; mas ella con entereza y gran energía dijo a los mozos:

—Llévadlo a mi residencia de la Puerta de la Visagra y que su cadáver sea depositado en la capilla.

Obedecieron los portadores: taparon con el fúnebre sudario la cara del ajusticiado y lo llevaron a casa de la condesa.

Con paso lento, transida por el dolor, salió la condesa de la prisión acompañada por el eclesiástico que había asistido a su esposo en aquel último trance.

A la puerta del castillo un coche la esperaba, subió a él ayudada por el clérigo: ya no lloraba. Parecía que el terrible golpe, aquel dolor inmenso, tan inesperado, hubiese hipertrofiado la sensibilidad de su corazón; estaba como alocada: con los ojos que parecían quererle saltar de las cuencas, miraba más allá de lo que le rodeaba, parecía que quería abarcar con su vista lo infinito....

En la lejana época en que estos hechos transcurrían era costumbre celebrar el jueves después del domingo de quincuagésima,

o sea, el día siguiente al miércoles de ceniza, lo que llamaban el "Carnavalillo" o despedida del Carnaval, y se caracterizaba por la asistencia, del pueblo disfrazado, a una ceremonia pagana que llamaban "el entierro de la sardina"; costumbre que, practicada el miércoles de ceniza, aún conservan algunas de las regiones españolas.

Pasaba el coche que conducía a la condesa por entre una multitud alegre que se refocilaba celebrando el "Carnavalillo". Iba la ex cantante callejera abismada en sus pensamientos sin percatarse de lo que pasaba a su lado.

De pronto unos gritos salieron de entre la multitud:

—¡Rosita!... ¡Rosita!...

Al oír su nombre trasladóse, en espíritu, a los tiempos en que ella, la "cantante callejera", con su guitarra en bandolera, recorría la población arrancando a su guitarra los plañidos que emocionando a las gentes le procuraban su sustento y el de su familia: la evocación de su nombre por el populacho le hizo revivir aquella vida de trovadora popular.

—¡Rosita!... ¡Rosita!... — gritaba el pueblo siguiendo la carroza que en aquellos instantes bajaba por la calle de la Ribera.

Al divisar la plaza de la Cruz, escenario de sus triunfos populares, guiada por un extraño impulso, saltó de la carroza y llevada en hombros por el pueblo que ignoraba su reciente tragedia, subió al templete de la

plaza, el mismo sitio donde había sido capturada; y, presa de una loca desesperación, con un odio mortal en el corazón, empezó a cantar:

Un rey que de las doncellas
no respeta la virtud...
Huid de él, mocitas, que duelo
dará a vuestra juventud.
Conozco yo cierto rey
todo maldad y ambición;
siempre hay mentira en sus labios,
dureza en su corazón.
Su vida de libertino
le hizo insensible y cruel...
No hay dolor que le conmueva...
¡Amor no haya para él!

Cantaba con tales muestras de desesperación que la multitud apiñada a su alrededor creyó que tenía perturbada la razón. Al oír las primeras coplas, y temiendo la cólera del rey, el pueblo se fué alejando temeroso, de modo que al terminar su canción Rosita estaba completamente sola en la plaza.

IX

Loca de desesperación, tropezando a cada paso dirigióse Rosita por su pie a su residencia.

Los transeuntes que topaba al paso se fijaban en ella y decían, apartándose para dejarla el paso libre:

—¡Pobrecita!... ¡Está loca!...

Y musitaban en voz baja, una historia terrible, en que habían tomado parte muy principal el rey y un conde, víctima con la cantante, de los caprichos de aquél. Cada uno comentaba esa historia a su gusto, dándole mayores o menores proporciones según su fantasía.

Aquel día los padres y hermanos de Rosita no estaban en la morada, que medios tenía el rey de evitar su presencia cuando ello convenía a sus intentos. Habíales hecho salir de Toledo, so pretexto de una partida de placer, en compañía de algunos servidores de palacio.

Al llegar la condesa a su residencia halló a los seis servidores que el rey había puesto a su disposición, alineados en medio del vestíbulo, al frente de los cuales estaba su

mayordomo, quien después de saludar a la condesa, díjole:

—Señora condesa, Su Majestad ha hecho disponer una comida para vos y él. Os aguarda en el gran salón.

—Pues... ¡que aguarde! — contestó Rosita de mal talente, y prosiguió: — Ordenad que la comida se verifique en el saloncito azul que está situado al lado de la capilla.

—¡Señora!...

—¡Ah!... y que preparen tres cubiertos...

—El rey desea estar a solas con vos...

—¡Tres cubiertos! — repitió Rosita subida de tono y extendiendo el brazo derecho en ademán de que podía retirarse.

—Señora condesa... Si me lo permitís os haré presente que la salita azul está al lado de la capilla y...

—Comprendo, en la capilla hay el cadáver de mi esposo..., pues quiero que prepares la comida en la salita azul y que dispongas tres cubiertos...

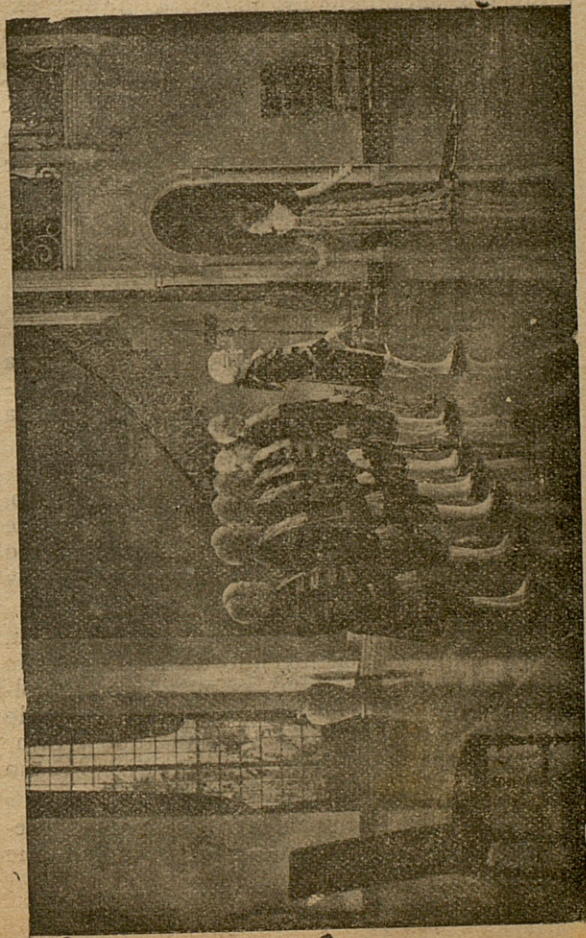
—El rey os espera.

—No le digais que he llegado.

—¡Señora!...

—Podéis retiraros.

Subió la condesa las escaleras con paso lento, parecía la estatua del dolor ambulando; temía hallar al rey, por cuyo motivo no quiso atravesar el gran salón donde, al parecer, esperaba; y entró en el saloncito de armas, que era la habitación más cercana a la escalera, en el primer piso. Cayó desplomada sobre uno de los divanes y, con



los brazos colgando, como si no tuviera fuerzas para aguantarlos, y la mirada extraviada, pensó en la venganza que merecía el miserable follón que la había engañado, burlando su buena fe, haciéndola la mujer más desgraciada de este mundo, precisamente en el momento en que su corazón se había abierto al amor como el capullo de la rosa a las primeras caricias del sol.

Aquel hombre no tenía perdón... Pero, ¿qué puede una débil mujer contra un soberano?...

—Sí, sí, yo vengaré a mi Diego.

Se levantó con la vista fija en una panoplia; se adelantó, dibujando su labio una sonrisa henchida de rabia; extendió el brazo hacia la panoplia, y agarrando con la diestra un afilado puñal, lo besó y dijo:

—¡Tú me vengarás!...

Y escondió el terrible acero en el pecho, saliendo con aire en apariencia risueño, de la sala de armas, y dirigiéndose con paso determinado al gran salón donde el rey la aguardaba.

Al abrir la condesa la puerta del salón, el rey, que estaba leyendo un libro sentado en un diván, de espaldas a la puerta, volvióse con rapidez, se puso en pie arrojando el libro sobre el diván y levantándose dijo:

—¡Ah!... ¿Sois vos, condesa?... ¡Mucho habeis tardado!

—¿Estabais impaciente, señor? — preguntó Rosita fingiendo una serenidad que estaba muy lejos de poseer.

—Veo condesa que estáis sosegada, de lo cual me alegro.

—¿Cómo queréis que no lo esté teniendo en vos un tan buen protector? — contestó ella con una sonrisa amarga y en tono burlesco.

—¡Vamos poquito a poco vais entrando en razón.

Quiso el rey rodearle el busto con su brazo; mas ella, como si le hubiese picado una vívora, exclamó, dando un paso hacia atrás:

—No, eso no... Respetad a la viuda, ya que el esposo no os mereció respeto.

—Creía yo que las palomas no tenían hiel.

—Las palomas, huyen siempre del gavilán.

—Las torcaces son siempre más hurañas porque están más alejadas de las gentes, y tú...

—Soy torcaz, ya lo sé.

—No, hasta ahora eras un canario callejero y yo quisiera meterte en jaula de oro para que alegraras mis días.

—Gracias por vuestra compasión y vuestro alpiste...

—Pero sentémonos, hasta que nos avisen para la comida... Así podremos charlar más a gusto... No te alejes tanto...

—He pensado que estarías triste y he querido venir a hacerte compañía.

—Gracias.

—No te parece bien?

—Cuando se habla con el rey no hay pa-

receres. Pareciéndoos bien a vos, bien me parece a mí

—¿Y no puedo conocer tu opinión?

—Ja, ja, ja — una carcajada seca, sarcástica más bien que burlona, acogió estas palabras del monarca, y luego poniéndose de repente muy seria y recalcando sus palabras y satirizándolas añadió:

—La opinión de los súbditos debe siempre ponerse boca abajo delante de la del rey...

—Confundes al Papa con el rey.

—No, señor; el que no piense como el rey... "¡a la horca" con él!

—¡Jesús! — exclamó el rey.

—¡Jesús mil veces... — gritó Rosita incorporándose; y luego añadió, encarándose con el soberano y echando chispas por sus grandes ojos:

—¡Y si el follón y mal nacido que no opina como el soberano le disputa además su amor, debe morir fusilado "con bala de plomo!"... ja, ja, ja... ¿No es eso?

—Veo que estás mala de la cabeza...

—Dentro de poco se me curarán todos los males...

—¡Ven, siéntate a mi lado, sosiega tu espíritu en mis brazos!

El mayordomo asomóse a la puerta y anunció al rey:

—Majestad, la mesa está servida...

L. antóse el monarca y ofreció el brazo a Rosita que ésta rechazó caminando a su lado; dirigiase hacia el comedor, mas Rosita le dijo, parándose:

—¿Dónde vais?... ¿No me habíais dicho que queríais comer conmigo?

—Justamente, por eso vamos al comedor.

—¡Ah!... pues el comedor ya no está del lado del jardn, lo he trasladado a la salita azul.

—¿Al lado de la capilla?

—Sí, inspira más devoción...

—No es propio...

—Un capricho... Sin embargo, no siendo de vuestro parecer... no debe ser del parecer de nadie... "El parecer del rey es el único bueno", aunque...

—No, no, vamos a la salita azul; siendo tu gusto...

—Sois muy complaciente.

—Ya sabes, sólo quiero lo que tu desees.

Anduvieron en silencio...

—Entrad — dijo la condesa, haciéndose a un lado, al llegar a la puerta de la sala dispuesta para comedor.

Era de forma rectangular, y su techo abobado dominante de la misma, una habitación bastante grande que se habitaba como sacristía, aprovechando su situación inmediata a la capilla, durante la residencia veraniega de los reyes en este palacio; si bien tenía el aspecto de sala de recibimiento.

Era de forma rectangular y su techo abovedado estaba formado con plafones de madera de ébano. El pavimento era de caoba y estaba tan liso y encerado que parecía un inmenso espejo. Adosadas a ambos lados de la pared, cuatro columnas en su primera mitad de jaspe negro y en su parte alta de

marmol blanco de Carrara, sostenían una saliente cornisa de madera policromada que recorría todo lo largo del salón. En el testero una estufa monumental de marmol avenado, de estilo indeterminado servía de zócalo a un cuadro en relieve representando el busto de un niño, y sobre este cuadro, formando juego con él y con la estufa, el escudo de Carlos I entre las dos columnas de Hércules.

En el centro del salón y en el sentido de la longitud, había una gran puerta que daba acceso a la capilla.

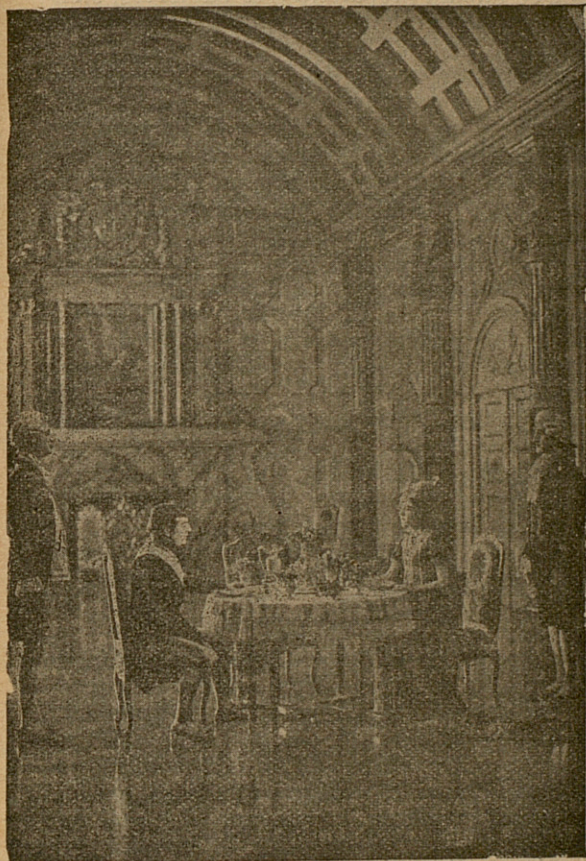
Enfrente de esta puerta, y muy cerca de ella, había dispuesto Rosita se colocase la mesa.

Al penetrar el monarca y la condesa en el salón, dos servidores de empolvada peluca, sendos casacones, chaleco blanco, calzón corto, media blanca y rojo zapato bajo, permanecían cuadrados a ambos lados de la mesa: al llegar el rey y la condesa hicieron profunda reverencia.

Hemos dicho que la mesa estaba puesta cercana a la puerta de la capilla: estaba adornada con profusión de flores.

En ella se habían dispuesto tres cubiertos: el del rey, distinguíase de los demás por las cifras reales grabadas en los cubiertos y copas, y bordadas en la servilleta. Este cubierto estaba frente a la puerta de la capilla, de modo que sentado quedase de cara a ella. Los demás cubiertos no contenían cifra ni distintivo alguno.

Al acercarse el soberano a la mesa notó



¿qué es ésto?... ¿tres cubiertos?

que se habían preparado tres cubiertos, siendo así que él había ordenado se pusieran dos.

Se sentaron ambos a la mesa y preguntó el rey muy extrañado:

—¿Qué es esto?... ¿Tres cubiertos? Yo había ordenado dispusieran solo dos.

—Pues yo mandé se prepararan tres.

—Deseo comer sólo en vuestra compañía, condesa.

—Lo siento.

—¿Para quién es este cubierto?

—Este es para un invitado cuya asistencia ni sospecháis siquiera.

—Pero ¿quién es? — dijo el rey en tono subido.

—No os sulfuréis que voy a presentároslo.

Levantóse Rosita con los ojos desenchajados, lívida, los labios le temblaban y su corazón latía con violencia.

Abrió de par en par la puerta de la capilla y extendiendo la diestra exclamó gritando:

—¡¡¡Aquí lo tenéis!!!...

Enfrente de la puerta sobre un catafalco, iluminado con seis cirios, estaba el cuerpo de su esposo cubierto con fúnebre sudario.

El rey se levantó como movido por un resorte y se puso pálido. La condesa se abalanzó hacia el rey, agarróle la solapa con la mano izquierda, y cogiendo el puñal que el rey llevaba en el cinto lo blandió gritando con loco frenesí:

—¡¡Asesino!!!...

—¡¡Rosita!!!... — exclamó don Diego con voz potente, incorporándose con presteza.

El rey abrió desmesuradamente los ojos; Rosita dejó caer el puñal que esgrimía quedando con el brazo levantado, espantada de pavor. Don Diego bajó de un salto del catafalco retrocediendo un paso el monarca y adelantándose dos la condesa.

—¡Rosita! — repitió don Diego sonriente — ¿Qué ibas a hacer?

—¡Diego! — exclamó Rosita, extendiendo los brazos hacia él, creyendo ser presa de una pesadilla.

—Sí, Diego, tu esposo.

—¡¿Vivo?!!...

Y se entrelazaron en un fuerte abrazo sin pronunciar una sola palabra. El rey quedó mudo de emoción. No comprendía lo que pasaba.

—Señor, — dijo don Diego adelantándose hacia el monarca que creía ser juguete de una alucinación — yo pongo mi vida al servicio de vuestra majestad si os dignáis perdonar a mi esposa.

—¡Perdón, señor! — exclamó Rosita juntando las manos y cayendo de hinojos a las plantas del rey.

—¡Sed felices! — murmuró sencillamente el rey con voz apagada por un suspiro que al mismo tiempo se escapó de su pecho.

Levantóse la condesa; volvieron a abrazarse los esposos, con muestras de gran cariño y extraordinario contentamiento, y luego ella le dijo:

—Pues te creía muerto.

—Ya lo he visto...

—¿Y cómo ha sido esto?...

—Condesa — dijo la reina que en aquel mismo instante entraba en el salón — yo os lo explicaré todo.

—Ya veo — exclamó el rey — a quien debéis, condesa, la resurrección de vuestro esposo.

Y señaló a la reina. Esta prosiguió:

—Yo intercepté el documento que anulaba el que mi esposo os entregó, condesa, por eso la ejecución se efectuó conforme al decreto que vos entregásteis al capitán: aquí lo tenéis — y sacó del pecho un pergamino arrugado.

—Yo estoy segura de que mi esposo disculpará mi acción en gracia al remordimiento que le he evitado.

—No solamente la disculpo, sino que la apruebo — contestó el soberano.

—¿Y que bien te hiciste el muerto!... — dijo a Diego la condesa.

—¡Claro!..., tanto me recomendaste que no diese señales de vida hasta que tú vinieras... Si no resucito pronto cometes una barbaridad.

—Majestad — preguntó Rosita, volviéndose hacia el rey — ¿me perdonáis?

—Condesa, — contestóle él — como en este mundo no sucede nada sin el beneplácito de Dios, El ha conducido los sucesos con mano tan providente que no debemos hacer más que acatar sus designios y agradecerle haya permitido estos acontecimientos para bien de todos. ¡Sed felices!

Salieron los monarcas para el Alcázar, acompañándolos hasta la puerta los condes.

En ella esperaba la carroza en que había venido la reina.

Cuando los reales consortes estuvieron acomodados en la carroza quiso saber el rey como había interceptado su esposa el último documento por el que anulaba el que había entregado a Rosita.

—Verdaderamente os debo agradecer que hayais salvado la vida a este buen conde: como vos decíais me habéis evitado un gran remordimiento y un terrible disgusto a esa niña. Pero tengo curiosidad por conocer como lograsteis hacer desaparecer ese documento.

—De un modo muy sencillo. Por hallarme en el terradillo de las columnas mientras conversábais con esa... muchacha "tan interesante", me enteré de la orden que le habíais firmado para que se salvara Don Diego.

—¿Vos oísteis?...

—¡Claro!... ¡Leísteis su contenido con una voz tan patética!...

—¡Seguid!

—Me complació que tal hiciérais; mas no la forma expresiva y poco respetuosa como ella os agradeció tal favor.

—¡No comprendo!...

—Lo vi todo... Luego, cuando jugábamos a los naipes, supe que habíais firmado un nuevo decreto, y... adiviné lo demás por la orden que, delante de mí, disteis a vuestro secretario: fuí a vuestro despacho; leí el de-

creto dirigido al capitán encargado de la ejecución, por no haber cerrado vos el pliego; me lo metí en el pecho; puse en el sobre que iba dirigido al capitán un pergamino en blanco y lo cerré y lacré.

Vuestro secretario cumplió, seguramente, la orden entregando al capitán el pliego que le iba dirigido y en el que hallaría un pergamino que nada le decía, y... ¡esto es todo!

—Es lo bastante para que yo vea en vuestra acción el dedo de la Providencia que todo lo dirige para nuestro mayor bien.

Mientras los reyes con estas pláticas llegaban al Alcázar, los condes de Vallealto, en otra carroza, partían para el palacio de Don Diego en donde les esperaban la paz y felicidad supremas que nacen de la unión en el amor de dos corazones.

FIN

NOTA: Nos es grato hacer constar que la poesía de la página 16 pertenece a la zarzuela «El Monje Peregrino», original de D. *Alfonso Castañón Prado*; música del celebrado maestro *Eusebio Bosch Humet*.

Revisado por la Censura Militar

*¿Desea Vd. saber a que
estrella dedicaremos la
publicación en el próximo
número?*

Pues será...

*Sírvase Vd. volver la
hoja y lo sabrá.*



LIL DAGOVER

LA FINÍSIMA

: COMEDIA :

*No se fie de las
apariencias*

Magistral interpretación de la
elegante estrella

LIL DAGOVER

Marca DECLA
EMPRESAS REUNIDAS S. A.

De venta en quioscos y librerías
de toda España

0'25 Ptas.

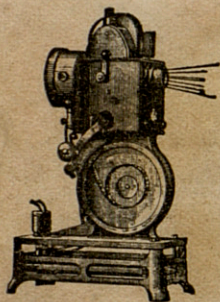
Deseosos de que la aparición de

BIBLIOTECA FILMS

deje halagüeño recuerdo a sus lectores, les ofrecemos la
oportunidad de poseer gratis, un hermoso aparato

PATHÉ BABY

CON 3 PELÍCULAS



Pathé-Baby

El cine de familia

obsequio de la Casa concesionaria, al que presente en nuestra
Redacción el ejemplar de nuestra publicación, conteniendo el
número igual al del primer premio del sorteo de la Lotería Nacio-
nal, que se celebrará en Madrid el día 21 de Marzo de 1924

12221 12222 12223 12224

Redacción: Consejo Ciento, 414